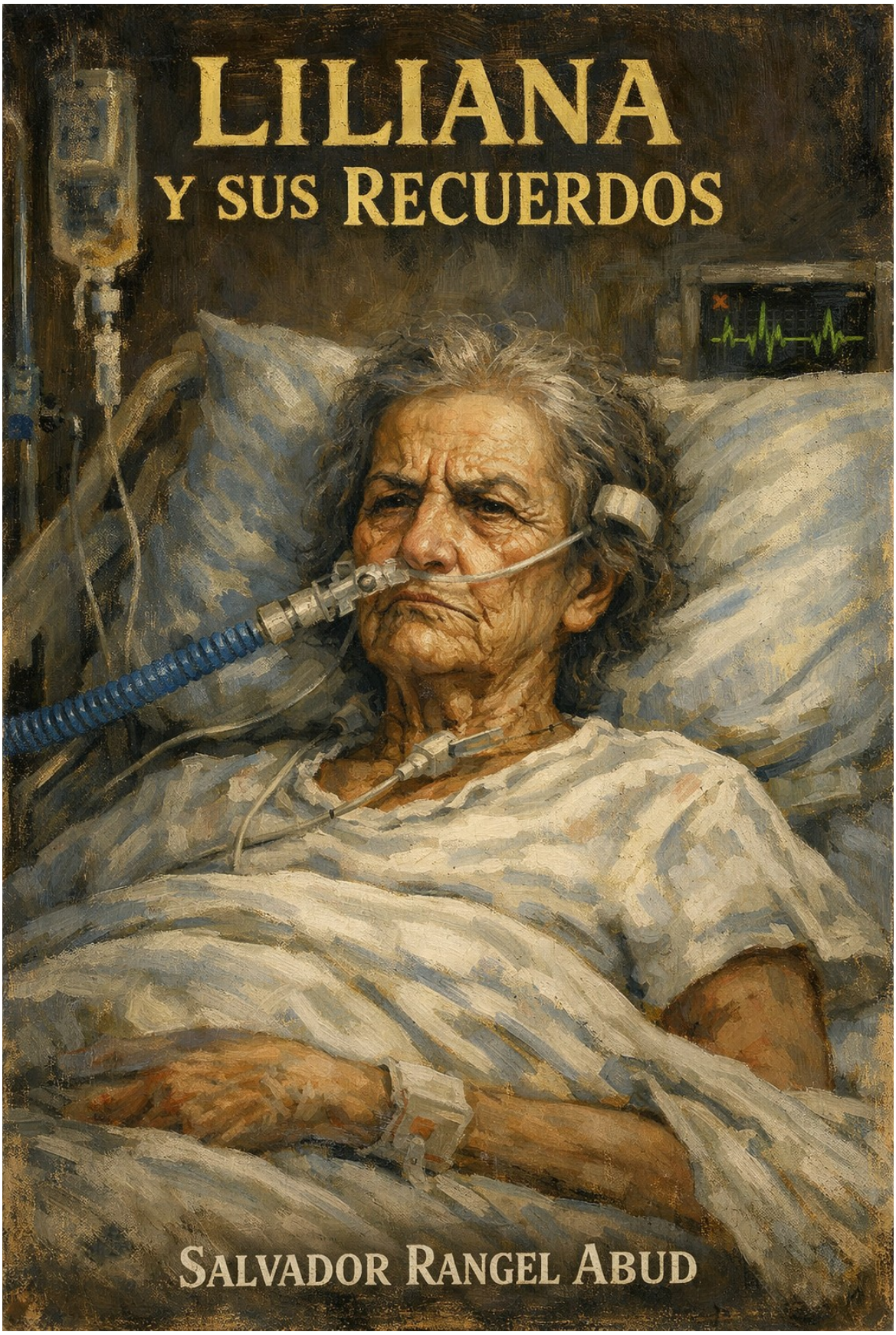
LILIANA
Y SUS RECUERDOS
SALVADOR RANGEL ABUD

LILIANA Y SUS RECUERDOS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Liliana Castelán tiene ochenta y ocho años y padece esclerosis lateral amiotrófica en fase avanzada. Postrada en una cama de hospital, comunicándose únicamente mediante un dispositivo de seguimiento ocular, su mente funciona con una claridad perfectamente intacta. Mientras el mundo la rodea con la compasión que se reserva para los moribundos, Liliana hace lo único que puede: recordar.

Lo que recuerda son vidas. Un comerciante que perdió todo en un incendio. Una estudiante brillante a quien una acusación anónima destruyó la carrera. Un matrimonio de veintidós años que se desintegró sin razón aparente. Una mujer que desapareció. Un político que cayó. Un marido que tomó la decisión equivocada en el momento equivocado. Una pareja que colapsó por intrigas. Un sacerdote que colgó los hábitos. Liliana los recuerda a todos con una precisión que va más allá de la memoria ordinaria: sabe detalles que un simple testigo no debería saber. Conoce los mecanismos. Entiende exactamente cómo funcionó cada cosa.

La pregunta que la novela va construyendo en silencio es simple: ¿por qué?

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene una protagonista que no se redime, no se arrepiente y no ofrece al lector ninguna de las consolaciones morales que los finales convencionales suelen proporcionar. Contiene manipulación psicológica descrita con detalle clínico, destrucción de reputaciones, muerte por omisión deliberada y la perturbadora claridad de una inteligencia que encontró en el daño ajeno su forma más natural de expresión. No contiene violencia física directa. Sí contiene algo más inquietante: la elegancia de quien nunca necesitó las manos para destruir.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales, doctorando del Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) y escritor aficionado con más de cien novelas publicadas.

En *Liliana y sus recuerdos*, su formación clínica y su conocimiento de los mecanismos institucionales convergen con una exploración literaria sin concesiones: la mente de una anciana que ha pasado toda su vida

observando las vulnerabilidades humanas con la misma precisión con que un médico observa una radiografía, y que encontró en esas vulnerabilidades no una llamada a la compasión sino un tablero de juego. Una novela que no juzga a su protagonista. Que simplemente la deja hablar.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Liliana y sus recuerdos

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller psicológico / Novela de personaje / Ficción literaria

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Liliana Castelán no es un monstruo. O al menos no lo es en el sentido en que la ficción suele presentar a sus villanos: con motivaciones oscuras, con heridas de la infancia que explican y casi excusan, con algún momento de humanidad que permite al lector conservar cierta distancia tranquilizadora.

Liliana es algo más difícil de procesar: una persona completamente coherente consigo misma. Que nunca mintió sobre lo que era porque nunca necesitó hacerlo. Que no destruyó por odio ni por miedo ni por ambición desmedida, sino por algo mucho más perturbador: porque tenía la capacidad de hacerlo y porque hacerlo le producía la satisfacción específica que un relojero encuentra en un mecanismo que funciona con precisión.

Esta novela no es una condena de Liliana. Es su inventario. El lector que espere redención al final no la encontrará. Pero quizás encuentre algo más interesante: la comprensión de que hay personas para quienes el mundo funciona de una manera que el resto de nosotros no terminamos de entender, y que esa incomprensión es, en sí misma, nuestra única protección.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

manipulación psicológica · thriller psicológico · villana sin redención · novela de personaje · ELA · memoria · vejez · maldad femenina · narrador no confiable · ficción literaria · novela negra · México · destrucción social · impunidad · novela en español

---

TEMAS PRINCIPALES

Liliana y sus recuerdos no es una novela sobre el mal en abstracto sino sobre una inteligencia específica aplicada de una manera específica. Sus temas principales son la observación como forma de poder: la capacidad de leer las vulnerabilidades humanas con una precisión que la mayoría de las personas no desarrolla porque no necesita desarrollarla, y lo que ocurre cuando alguien sí la desarrolla y elige usarla.

La novela explora también la impunidad no como excepción sino como consecuencia lógica de un método diseñado para no dejar huellas directas; la vejez y la inmovilidad como forma de castigo que no es el castigo que Liliana merece sino el único que el mundo le impone sin saberlo; la memoria como inventario técnico en lugar de experiencia emocional; y la pregunta que la novela deja sin responder: ¿cuántas Lilianas existen, cuántas existieron, y cuánto de lo que llamamos mala suerte o coincidencia fue en realidad precisión?

CITAS DESTACADAS

"Uno no crea las condiciones desde la nada: las encuentra y las ordena."

"Las sospechas que una persona construye con su propia imaginación son siempre más resistentes que las que alguien le describe."

"Nadie pregunta quién encendió la mecha si el barril de pólvora llevaba años ahí."

"Lo que siento no es arrepentimiento. Lo que siento es lo que sentiría un relojero al que le han quitado las manos."

"Se fue como el actor que ensayó toda su vida para un público que nunca existió."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Liliana y sus recuerdos* un territorio narrativo cercano, con la voz y el anclaje propios de la narrativa de Salvador Rangel Abud.

Patricia Highsmith (*El talento de Mr. Ripley*): la exploración de una mente que opera fuera de los códigos morales convencionales, narrada desde adentro, sin la distancia que suele proteger al lector del malestar.

Gillian Flynn (*Perdida*): la protagonista femenina cuya inteligencia es también su arma, y la estructura de revelación gradual que reorienta retroactivamente todo lo que el lector creyó entender.

Mario Vargas Llosa (*La fiesta del chivo*): la voz distanciada que narra el horror con la precisión de quien lo vivió desde adentro, sin concesiones sentimentales.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su exploración más oscura y más contenida: donde otras obras suyas usan el humor o la indignación como instrumentos, *Liliana y sus recuerdos* usa el silencio, la precisión y la frialdad de una mente que nunca necesitó alzar la voz para producir el daño máximo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Liliana nunca miente al lector: cuenta lo que hizo con la misma neutralidad con que cuenta cualquier otra cosa. ¿Cambia eso la naturaleza de su culpabilidad, o la hace más grave?

El método de Liliana consiste en no actuar directamente sino en crear las condiciones para que los demás actúen de acuerdo con sus propias vulnerabilidades. ¿Es eso manipulación, o es simplemente una lectura muy precisa de la naturaleza humana?

La novela protege a los hijos de Liliana: ella nunca los nombra, nunca los incluye en su tablero. ¿Qué dice eso sobre el personaje? ¿Es una zona de humanidad real, o es simplemente otra forma de control?

El epílogo revela que el mundo nunca supo nada. Liliana murió sin pena ni gloria, sin castigo y sin reconocimiento. ¿Es eso justicia poética, condena, o simplemente la verdad de cómo funcionan estas cosas?

¿Sintió el lector, en algún momento, algo parecido a la admiración por Liliana? Si la respuesta es sí, ¿qué dice eso?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Liliana y sus recuerdos*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Liliana y sus recuerdos*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Liliana y sus recuerdos*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa de denuncia política y —como demuestra esta entrega— el thriller psicológico de personaje sin concesiones morales.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay personas que pasan por el mundo sin dejar huella visible. No porque no hayan hecho nada, sino porque lo que hicieron fue diseñado para no verse. Liliana Castelán es una de ellas.

Esta novela no es una advertencia ni una denuncia. Es un retrato. El retrato de una mente que encontró en la observación precisa de los demás su única forma real de poder, y que lo ejerció durante ochenta y ocho años con una consistencia que no tiene nombre conveniente en el vocabulario moral ordinario.

El lector que llegue al final y sienta que algo no cuadra, que algo en la historia debería haber sido diferente, que alguien debería haber notado, debería haber preguntado, debería haber sabido, tiene razón. Alguien debería haber sabido.

Nadie supo.

Y eso, más que cualquier otra cosa en esta novela, es lo que debe perturbarnos.

LILIANA Y SUS RECUERDOS

Por: Salvador Rangel Abud

ÍNDICE

PRÓLOGO: **La niña especial**
CAPÍTULO 1: **El cuerpo que ya no responde**
CAPÍTULO 2: **La noche del incendio**
CAPÍTULO 3: **La beca perdida**
CAPÍTULO 4: **El matrimonio que se quebró**

CAPÍTULO 5: **El fraude del banco**
CAPÍTULO 6: **La herencia que destruyó una familia**
CAPÍTULO 7: **La mujer que desapareció**
CAPÍTULO 8: **El hombre que cayó del poder**
CAPÍTULO 9: **Lo que el amor deja cuando se va**
CAPÍTULO 10: **La pareja incómoda**
CAPÍTULO 11: **Cuando ni Dios te salva**
CAPÍTULO 12: **Lo único que lamenta**
EPÍLOGO: **Balance**

PRÓLOGO

La niña especial

Liliana, como lo haría cualquier madre, observaba a su hija con atención desde la ventana de la cocina.

El jardín estaba lleno de niños que corrían entre las mesas del almuerzo familiar. Era una de esas reuniones dominicales en las que los adultos conversaban durante horas mientras los niños, ajenos a las preocupaciones de los mayores, inventaban sus propios mundos con cualquier objeto que encontraban a su alrededor. Las voces se mezclaban con el ruido de las sillas sobre el suelo de piedra y con el murmullo tranquilo que llegaba del comedor.

Entre todos aquellos niños había una que no corría.

Estaba sentada en el borde de un banco de madera bajo el limonero, mirando el juego de los demás con una concentración silenciosa que su madre siempre encontraba difícil de interpretar. No parecía aburrida ni molesta por estar al margen del alboroto; su actitud más bien sugería

que lo que le interesaba no era el juego mismo sino lo que ocurría entre los otros niños mientras jugaban. Como si la actividad fuera un pretexto y las reacciones de las personas, el verdadero espectáculo.

La madre conocía esa actitud. No era timidez —su hija no tenía miedo de los demás niños ni evitaba su compañía— sino algo más difícil de nombrar. Una preferencia por mirar antes que intervenir. Una forma de estar presente que se parecía más a la observación que a la participación.

—Siempre está así —había comentado alguna vez a su marido—. Como si estuviera pensando en algo mientras ve a los demás.

El padre nunca había sabido exactamente qué responderle a su esposa. Probablemente ella tuviera razón. Pero había algo en esa forma de observar que de vez en cuando le producía una incomodidad que tampoco él sabía explicar con precisión, por lo que sonriendo solo le dijo:

—Por algo es hija tuya y hasta la llamamos igual.

Aquella tarde, los niños habían inventado un juego que consistía en esconder objetos y encontrarlos siguiendo pistas improvisadas. Alguien había traído un pequeño coche de metal rojo que se convirtió rápidamente en el centro de la competencia: todos querían esconderlo y todos querían ser quienes lo encontraran primero.

En algún momento, sin que nadie pudiera precisar cuándo exactamente, el coche desapareció. Al principio nadie le dio demasiada importancia; los niños comenzaron a buscar entre las macetas, debajo de las sillas, detrás del tronco del limonero. Pero pasaron varios minutos y el coche seguía sin aparecer, y lo que había sido un juego empezó a convertirse en otra cosa.

—Alguien lo escondió demasiado bien —dijo uno.

—Tú lo escondiste —acusó otro.

Las risas iniciales se transformaron en una discusión cada vez más intensa. El dueño del coche insistía en que alguien lo había movido sin decir nada; otro niño aseguraba haber visto a un tercero cerca del lugar donde supuestamente estaba; las versiones se contradecían y la tensión crecía con cada nueva acusación. Los niños se miraban unos a otros con esa mezcla de desconfianza y excitación que tienen los conflictos cuando todavía no se han vuelto del todo serios.

Desde la ventana, la madre observaba la escena mientras se secaba las manos con un paño de cocina. Y fue entonces cuando volvió a mirar a su hija.

La niña no participaba en la discusión ni parecía interesada en buscar el coche. Su atención estaba centrada en otra cosa: miraba a los niños que discutían como si estuviera tratando de seguir la lógica de lo que ocurría entre ellos, sus ojos moviéndose de un rostro a otro con una calma que contrastaba con el alboroto general. No parecía afectada por la tensión

del momento. Más bien parecía absorta en algo que solo ella encontraba interesante.

De pronto uno de los niños salió corriendo hacia el limonero para revisar una maceta grande alineada junto a la cerca, pero apenas apoyó el pie lanzó un grito y cayó hacia un lado, sujetándose el tobillo. La maceta se inclinó violentamente y se rompió contra el suelo de piedra. Entre los fragmentos de barro apareció el coche rojo.

Los adultos acudieron de inmediato. Uno levantó al niño mientras otro apartaba los pedazos de la maceta.

—Debe haber tropezado con algo.

La madre, desde su sitio, vio lo que los demás no habían notado: entre las raíces del limonero asomaba un pequeño rastrillo de jardinería con los dientes hacia arriba, medio oculto bajo las hojas secas.

No dijo nada. Los adultos estaban ocupados con el niño lastimado y con el alboroto que se había formado a su alrededor.

Volvió a mirar hacia el banco.

Su hija seguía allí, sentada con la misma tranquilidad de antes. No parecía asustada por el accidente ni preocupada por el dolor del otro niño. Sus ojos se movían lentamente de un rostro a otro mientras escuchaba las explicaciones y las exclamaciones del suceso. Y en algún momento —la madre no habría podido precisar cuándo exactamente— creyó ver en el rostro de la niña algo que no supo cómo clasificar: no era satisfacción, exactamente, ni tampoco era indiferencia. Era más parecido a la expresión de alguien que está verificando que algo funcionó como estaba previsto.

Después llevaron al niño dentro para examinar su tobillo y el jardín recuperó gradualmente la calma. La niña se levantó del banco y caminó hacia la mesa donde los adultos conversaban, con la misma tranquilidad con que había permanecido sentada durante todo el episodio.

—¿Estabas jugando? —le preguntó la madre.

La niña negó con la cabeza.

—¿Viste qué pasó?

La niña miró hacia el limonero durante unos segundos antes de responder.

—No me fijé bien. Creo que alguien se cayó.

La respuesta fue tranquila, perfectamente natural. La madre asintió y volvió a su conversación.

Pero durante un momento más su pensamiento se quedó en la expresión que había visto en el rostro de su hija mientras observaba el jardín. No era miedo ni sorpresa. Era algo más cercano a la atención con que una persona observa un mecanismo cuando acaba de entender cómo funciona.

Después apartó ese pensamiento.

Después de todo, era solo una niña. Inteligente, quizás demasiado. Observadora de un modo que era difícil de describir.

Pero al fin y al cabo, solo una niña diferente a los demás.

CAPÍTULO 1

El cuerpo que ya no responde

Uno aprende, con el tiempo, a leer las habitaciones.

No los cuartos en sentido arquitectónico —las dimensiones, la disposición del mobiliario, la calidad de la luz que entra por las ventanas — sino lo que ocurre dentro de ellos. Las conversaciones que se tienen y las que se evitan. Los gestos que significan una cosa y los que significan otra. La distancia que mantiene una persona respecto de otra cuando cree que nadie está midiendo esa distancia.

Esta habitación, por ejemplo.

Es una habitación limpia, bien ventilada, con una ventana orientada al oriente que por las mañanas deja entrar una claridad que los médicos probablemente consideran terapéutica. Hay una cama articulada con barandales cromados, un monitor que registra mis constantes con una paciencia mecánica que a veces envidio, y un sillón junto a la pared donde los familiares se sientan cuando vienen a visitarme. El sillón tiene el tapiz ligeramente desgastado en el apoyabrazos derecho. Alguien ha pasado muchas horas en ese sillón frotando el tapiz sin darse cuenta, que es exactamente el tipo de detalle que revela más sobre una persona que cualquier cosa que esa persona pudiera decir de sí misma.

Me llamo Liliana Castelán y tengo ochenta y ocho años.

Padezco esclerosis lateral amiotrófica en fase avanzada, lo que significa, en términos prácticos, que mi sistema nervioso ha ido desconectando mis músculos uno por uno con una meticulosidad que en otras circunstancias habría encontrado admirable. Los brazos dejaron de obedecerme hace casi dos años. Las piernas, antes. La voz se fue apagando gradualmente hasta convertirse primero en un murmullo y luego en nada. Ahora me comunico mediante un dispositivo que sigue el movimiento de mis ojos y traduce esos movimientos en letras, las letras en palabras, las palabras en frases que aparecen en una pantalla que la enfermera sostiene frente a mí cuando necesita saber algo.

Es un sistema lento. Laborioso. Diseñado, supongo, por alguien que nunca tuvo demasiado que decir.

Lo que la enfermedad no ha tocado, hasta ahora, es lo que siempre importó más.

Mi mente funciona con la misma claridad de siempre. Observo, registro, analizo. Escucho cada conversación que se tiene en esta habitación y en

el pasillo inmediato. Noto cuando la doctora Fuentes entra con prisa porque lleva los hombros ligeramente elevados y evita el contacto visual más de lo habitual, lo que significa que hay algo en mi expediente que preferiría no tener que comunicarme. Noto cuando la enfermera del turno nocturno —una mujer joven de apellido Barrera, eficiente pero con una tendencia al descuido que se vuelve más pronunciada hacia el final del turno— revisa el teléfono con una frecuencia que ha ido aumentando en las últimas semanas, lo que dice algo sobre su vida fuera de este lugar que ella probablemente cree mantener completamente separada de su vida dentro de él.

La enfermera Barrera cuida a los pacientes con una ternura que en su caso no es profesional sino temperamental: nace de ella de manera natural, sin esfuerzo. Cuando le habla a la anciana del cuarto contiguo —una mujer que ya no reconoce con claridad a quienes la rodean— lo hace en un tono suave, casi infantil, que evidentemente la anciana agradece aunque no lo comprenda del todo. Es una cualidad genuina. Y como todas las cualidades genuinas, es también una vulnerabilidad: alguien que siente ese nivel de empatía por los demás es alguien que puede ser movido con relativa facilidad si se sabe dónde aplicar la presión. Las personas que cuidan instintivamente a los más débiles tienen, casi sin excepción, una dificultad particular para cuidarse a sí mismas.

Uno aprende a ver esas cosas con el tiempo. Uno aprende a ver casi todo. O más exactamente: uno que ha pasado la mayor parte de su vida aprendiendo a observar no puede simplemente dejar de hacerlo porque su cuerpo haya decidido volverse inútil.

Esta mañana han venido mis dos hijos.

El mayor tiene sesenta y un años y trabaja en una empresa de construcción que heredó de su padre, es decir, de mi marido, que murió hace dieciséis años de un infarto que a nadie sorprendió demasiado. Es un hombre corpulento, de gestos amplios, que cuando habla con los médicos adopta un tono de autoridad ligeramente exagerado que revela que no está del todo seguro de tener esa autoridad. Esta mañana ha llegado con una carpeta bajo el brazo, lo que significa que hay algún asunto administrativo que resolver y que probablemente requiera mi firma, o lo que ahora equivale a mi firma, que es deletrear mi consentimiento letra por letra en la pantalla mientras él espera con una paciencia que no siempre logra disimular por completo.

Mi hija tiene cincuenta y ocho años y vive en Guadalajara desde hace más de dos décadas. Viene a visitarme menos que su hermano, lo cual es completamente lógico dado que vive más lejos, aunque hay otras razones que ni ella ni yo mencionamos. Esta mañana tiene los ojos levemente enrojecidos, lo que podría atribuirse al viaje o al sueño mal dormido, pero ella siempre ha tenido la costumbre de llorar un poco antes de entrar a esta habitación para no tener que llorar dentro de ella.

Lo hace desde niña. Uno aprende esas cosas de sus hijos cuando los observa con suficiente atención.

Han estado aquí durante poco más de una hora, conversando entre ellos con esa mezcla de afecto y tensión acumulada que tienen las personas que no se ven con frecuencia y que cada vez que se reúnen descubren que las diferencias entre ellos no han desaparecido sino que simplemente estaban esperando. Han hablado con la doctora Fuentes en el pasillo, en ese tono bajo y deliberado que la gente adopta cuando habla sobre alguien que está presente como si no lo estuviera. He escuchado fragmentos: las palabras protocolo y comodidad y en esta etapa, que son exactamente las palabras que los médicos usan cuando ya no queda mucho más que decir sobre lo médico y hay que empezar a hablar sobre lo demás.

He escuchado también la voz de mi hijo respondiendo con ese tono suyo de hombre que entiende las cosas aunque no las entienda del todo, y la voz de mi hija haciendo la pregunta que él no se atreve a formular directamente porque ella siempre fue la que hacía las preguntas directas en esta familia, aunque a veces tardara en reunir el valor para hacerlas. No he podido escuchar la respuesta de la doctora Fuentes porque bajó la voz en ese punto específico, lo cual dice suficiente sobre la naturaleza de esa respuesta.

Después han entrado de nuevo. Han hablado conmigo, es decir, me han hablado mientras yo deletreaba respuestas breves en la pantalla. Mi hijo ha sacado los papeles de la carpeta: algo relacionado con la residencia, con los costos de los próximos meses, con unas autorizaciones que era necesario tener firmadas. Yo he indicado mi conformidad con lo que fuera que necesitaba mi conformidad.

En algún momento, mientras mi hijo ordenaba sus papeles, mi hija se ha levantado del sillón y ha caminado hacia la ventana. Ha mirado afuera durante unos segundos —el jardín interior de la residencia, los árboles que ahora en octubre empiezan a perder las hojas— y luego se ha vuelto hacia mí con esa expresión suya de cuando quiere decir algo y todavía no ha encontrado la forma.

—¿Estás bien, mamá? —ha preguntado finalmente. Y luego, antes de que yo pudiera empezar a deletrear una respuesta, ha añadido—: No me refiero a lo físico.

Es una pregunta que en otras circunstancias habría encontrado innecesariamente sentimental. En estas circunstancias, lo que encuentro es que mi hija tiene cincuenta y ocho años y aún no ha aprendido que hay preguntas cuya respuesta honesta no es la que uno quiere escuchar.

He deletreado: Estoy pensando. Que es la verdad, aunque no toda la verdad.

Verónica ha asentido como si eso fuera suficiente. Probablemente era lo que necesitaba escuchar.

Antes de irse, se ha acercado a la cama y me ha tomado la mano —o más exactamente ha colocado su mano sobre la mía, porque la mía no puede corresponder al gesto— y me ha mirado durante un momento más de lo que se mira a alguien cuando simplemente se va a despedir.

—Mamá —ha dicho.

Y no ha dicho nada más. Porque no hay nada más que decir que no hayamos dicho ya, o que no hayamos decidido no decir, que al final viene a ser lo mismo.

Después se han ido.

Y la habitación ha vuelto a ser lo que es durante la mayor parte del día: un espacio silencioso con el zumbido constante del monitor, la claridad de la ventana orientada al oriente, y yo dentro de ello, inmóvil, pensando.

Hace algunos meses —no podría precisar cuándo exactamente comenzó esto— he empezado a revisar mi vida.

No es nostalgia. Uno puede ser preciso con las palabras incluso cuando las palabras cuestan el esfuerzo que ahora me cuestan, y nostalgia no es la palabra correcta para lo que hago durante estas horas. La nostalgia supone una relación sentimental con el pasado, una especie de dolor dulce producido por la distancia entre lo que fue y lo que es. Lo que yo hago es más parecido a lo que hace un contador cuando revisa los libros al cierre del ejercicio: va hacia atrás, verifica las cifras, comprueba que los asientos corresponden a las operaciones reales, establece el balance.

Uno hace ese tipo de inventario cuando sabe que el tiempo que queda es limitado y quiere entender con precisión qué construyó con el tiempo que tuvo.

No todo lo que encuentro en ese inventario son cosas que la mayoría de las personas llamaría buenas. Lo sé. Y esta precisión tampoco requiere el nombre que la mayoría de las personas le daría: no es culpa, porque la culpa supone una relación emocional con los propios actos que yo nunca desarrollé de manera particularmente intensa. Es simplemente reconocimiento. Uno reconoce lo que hizo como reconoce los rasgos de su propia cara en un espejo: sin sorpresa, sin juicio excesivo, con la neutralidad de quien observa algo que conoce muy bien.

Lo que sí encuentro, al hacer este inventario, es un patrón.

Un patrón que tardé algunos años en ver con claridad pero que, una vez visto, resultó tan evidente que me sorprendió no haberlo reconocido antes. Las personas, en su mayoría, funcionan de maneras sorprendentemente predecibles. Tienen vulnerabilidades —casi siempre una o dos fundamentales, no más— y esas vulnerabilidades determinan sus reacciones con una regularidad que se parece mucho a la de los mecanismos físicos. Uno que ha aprendido a ver esas vulnerabilidades puede, si elige hacerlo, trabajar con ellas. No en contra de las personas,

exactamente, sino a través de ellas. Como quien no rompe un mecanismo sino que entiende cómo está construido y aplica la presión en el punto preciso.

Aprendí eso muy temprano.

Lo que aprendí después fue a hacer algo con ello.

Pero eso viene más adelante en el inventario. Hay un orden en estas cosas, aunque el orden no sea siempre cronológico. Uno no recuerda en línea recta: recuerda en espiral, volviendo sobre los mismos episodios desde ángulos distintos, encontrando cada vez algo nuevo en lo que creía conocer del todo.

Esta tarde, cuando la enfermera Barrera termine su turno y la reemplace la enfermera del turno nocturno —una mujer mayor, más callada, que hace su trabajo con una eficiencia sin ornamentos que uno agradece— cerraré los ojos. No para dormir, aunque el sueño llegará eventualmente. Los cerraré porque son lo único que todavía me obedece con precisión, y porque cerrarlos es la única forma de señalarle al cuerpo que lo que viene ahora no requiere el mundo exterior.

Lo que viene ahora es el inventario.

Y el inventario comienza, como casi todo lo que importa, mucho antes de lo que uno inicialmente cree necesario. Comienza en una calle de un barrio antiguo donde las casas estaban tan juntas que los vecinos conocían cada detalle de la vida ajena, aunque no siempre supieran exactamente cómo habían llegado a conocerlo.

Comienza con un comerciante llamado Ernesto y con una noche de verano en que el barrio despertó con gritos.

Comienza con el fuego.

CAPÍTULO 2

La noche del incendio

El primer recuerdo que regresa con claridad pertenece a un barrio que ya no existe, al menos no de la manera en que uno recuerda los lugares donde fue joven.

Era un barrio antiguo, de casas construidas en épocas distintas y pegadas unas a otras con esa promiscuidad arquitectónica que producen los años cuando nadie planifica demasiado y cada quien edifica lo que puede donde puede. Las fachadas eran de colores que el sol iba desgastando gradualmente hasta volverlos versiones pálidas de sí mismos. Las banquetas eran estrechas y los árboles habían ido levantando el empedrado con sus raíces hasta crear una topografía irregular que uno aprendía a caminar de memoria, levantando el pie en los lugares exactos para no tropezar. En verano olía a bugambilia y a

frituras de las fondas que abrían sus puertas desde temprano. En invierno olía a leña y a ropa húmeda tendida en los patios.

Era el tipo de barrio donde los vecinos conocían cada detalle de la vida ajena sin que nadie se los hubiera contado expresamente. Lo sabían por acumulación: por los ruidos que atravesaban las paredes delgadas, por las conversaciones que salían por las ventanas abiertas, por la forma en que alguien cerraba su puerta al salir, que ya dice algo sobre el estado de ánimo con que empieza el día.

Yo tenía veintidós años y trabajaba en la tienda de Don Ernesto Villalba.

La tienda ocupaba la planta baja de su casa: una construcción de dos pisos en la esquina de la calle principal, con una puerta ancha de madera que Don Ernesto abría cada mañana a las siete en punto y cerraba cada noche a las ocho, con la regularidad de alguien que considera la puntualidad una forma de virtud moral. Vendía abarrotes, ferretería menor, algunos artículos de papelería y, en la parte trasera, una pequeña sección de telas que atendía su esposa, doña Carmen, una mujer silenciosa y trabajadora que completaba las oraciones de su marido con la misma eficiencia con que completaba el inventario semanal.

Don Ernesto era un hombre de unos cincuenta años, delgado, con bigote cuidado y lentes de armazón oscura que le daban un aire de autoridad que él cultivaba con esmero. Llevaba las cuentas con una caligrafía pequeña y precisa que parecía la de alguien que no puede permitirse errores, porque en efecto no podía: había construido esa tienda desde muy poco y la prosperidad relativa que había alcanzado era el resultado de años de una vigilancia obsesiva sobre cada centavo que entraba y cada centavo que salía.

—Aquí no se fía —decía con frecuencia, y lo decía de una manera que cerraba el tema antes de que pudiera abrirse—. El que fía pierde dos veces: pierde el dinero y pierde la amistad.

Era una frase que repetía lo suficiente como para que uno entendiera que no era solo una política comercial sino una filosofía de vida.

Mi trabajo consistía en atender el mostrador durante las mañanas, llevar el registro de las ventas en el cuaderno que Don Ernesto revisaba cada tarde con una atención que no dejaba pasar ninguna discrepancia, y ocasionalmente ayudar a doña Carmen a acomodar los rollos de tela cuando llegaba mercancía nueva. Era un trabajo tranquilo y razonablemente bien pagado para lo que se conseguía en esa época, y yo lo hacía con la competencia suficiente para que Don Ernesto no tuviera razones de queja, aunque tampoco lo hacía con el entusiasmo que él habría preferido.

Uno no puede fingir entusiasmo por lo que no le interesa. Lo que sí puede hacer es observar.

Y en esa tienda había mucho que observar.

Don Ernesto desconfiaba de todo el mundo con una intensidad que al principio parecía simple prudencia comercial y con el tiempo resultó ser algo más constitutivo, más profundo. Desconfiaba de los proveedores, a quienes revisaba cada factura con una lupa que usaba con una lentitud casi teatral. Desconfiaba de los clientes, a quienes seguía con la mirada cuando caminaban entre los estantes. Desconfiaba de sus propios empleados, aunque nunca lo dijera directamente: lo decía de otra manera, con el sistema de revisiones y conteos dobles que había construido para que nadie, en ningún momento, tuviera acceso sin supervisión a la caja registradora.

—Don Ernesto, llegaron los refrescos —le dije una mañana—. El de la distribuidora dice que son doce cajas, pero yo solo cuento once.

Me miró por encima de los lentes con una expresión que mezclaba la confirmación de sus sospechas más profundas con una especie de satisfacción contenida.

—¿Ve usted? —dijo, dirigiéndose no exactamente a mí sino a algún interlocutor imaginario que llevaba años dándole la razón—. Por eso hay que contar. Siempre hay que contar.

Llamó al repartidor, que estaba todavía en la puerta con el diablo de carga, y le señaló la discrepancia con una precisión que no dejaba espacio para la discusión. El repartidor buscó en su camioneta, encontró la caja faltante debajo de otras y la trajo con una expresión de disculpa que Don Ernesto aceptó sin calidez.

—Uno que confía sin verificar no merece que le cumplan —me dijo cuando el repartidor se fue.

Yo asentí. Era el tipo de comentario que no requería respuesta sino confirmación, y yo aprendí pronto a dársela.

Lo que aprendí también, observando a Don Ernesto durante los meses que trabajé para él, fue algo que entonces no habría sabido formular con precisión pero que ahora entiendo con claridad: la desconfianza de ciertas personas no nace de la experiencia sino del temperamento. Don Ernesto no desconfiaba porque lo hubieran engañado muchas veces; desconfiaba porque era constitutivamente incapaz de creer que el mundo funcionara de otra manera. Y ese tipo de desconfianza, que es total e indiscriminada, convierte a quien la padece en alguien sorprendentemente fácil de manipular.

Uno que desconfía de todos por igual ya tiene sembrada la semilla del conflicto. No distingue entre la amenaza real y la amenaza fabricada. Reacciona ante las dos con la misma intensidad, porque las dos confirman lo que siempre supo que era verdad.

Solo hace falta elegir el momento para que la semilla germine.

Hubo una tarde, unas semanas antes del incendio, en que Don Ernesto me pidió que reorganizara el almacén trasero. Era una tarea que se había ido postergando porque implicaba mover cajas pesadas y reclasificar la mercancía según un sistema que él mismo había inventado y que solo él entendía del todo. Pasé casi tres horas ahí adentro, en ese cuarto sin ventana que olía permanentemente a cartón húmedo y a los solventes que se guardaban en el rincón junto a la pared de madera.

—¿Cómo quedó? —me preguntó cuando salí.

—Listo —respondí—. Aunque le digo, Don Ernesto, esas latas de aguarrás están muy cerca del cableado del fondo. Si algún día hay una chispa…

Me interrumpió con un gesto de la mano.

—Ese cableado lleva cuarenta años así y no ha pasado nada.

No insistí. No tenía caso insistir.

La noche del incendio fue una noche de julio, calurosa y sin viento, con ese silencio espeso que tienen las noches de verano en los barrios viejos cuando el calor hace que la gente cierre las ventanas aunque eso empeore las cosas.

Yo vivía a tres calles de la tienda, en una habitación que rentaba en la casa de una señora mayor que tenía la virtud de no hacer preguntas. Me desperté con el olor antes de escuchar nada: un olor a madera quemada que al principio se integró en el sueño y luego se volvió demasiado concreto para ignorarlo.

Cuando salí a la calle, el resplandor ya era visible desde la esquina.

El fuego había comenzado en la parte trasera de la tienda, en el área de almacenamiento donde Don Ernesto guardaba, entre otras cosas, varias latas de solvente y aguarrás que usaba para limpiar los pisos de madera. Desde ahí avanzó con una rapidez que los bomberos, cuando llegaron, atribuyeron a la concentración de materiales inflamables y al cableado eléctrico antiguo de la construcción, que tenía décadas sin revisarse y que en varios puntos había perdido el aislamiento.

Los vecinos estaban en la calle en ropa de dormir, formando ese tipo de grupo que se congrega alrededor de las catástrofes sin saber exactamente qué hacer con sus propios cuerpos.

—¡Que alguien llame a los bomberos! —gritó alguien, aunque los bomberos ya habían sido llamados y se escuchaban las sirenas a lo lejos.

—¿Están adentro? ¿Están adentro Don Ernesto y doña Carmen? —preguntaba una vecina a quien quisiera responderle.

Habían logrado salir. Don Ernesto estaba en la banqueta de enfrente, en camisón y con los lentes puestos —lo primero que había agarrado al despertar, supuse, más revelador que cualquier otra cosa que pudiera

haber elegido—, mirando las llamas con una expresión que yo no había visto nunca en su cara y que tardé un momento en reconocer: era la expresión de alguien a quien le acaban de quitar el único argumento con que contaba.

Doña Carmen lloraba en silencio junto a él, con las manos entrelazadas sobre el pecho y los ojos fijos en las ventanas del segundo piso donde las llamas ya habían encontrado las cortinas.

Me acerqué.

—Don Ernesto —dije.

Me miró. Y por un momento tuve la sensación de que no me reconocía, o de que me reconocía pero no podía integrar mi presencia en lo que estaba procesando.

—Era el cableado —dijo finalmente, en un tono que no era exactamente de pregunta ni de afirmación—. Siempre supe que ese cableado era un problema. Se lo dije al electricista el año pasado. Se lo dije.

—Sí —respondí.

—Se lo dije —repitió, como si necesitara haberlo dicho más veces de las que lo había dicho para que eso cambiara algo.

Los bomberos llegaron y el grupo de vecinos se reorganizó para dejarlos trabajar. Las mangueras tardaron casi veinte minutos en controlar las llamas de la parte trasera, que era donde el fuego tenía más combustible, y otros cuarenta en apagar los últimos focos en el primer piso. Para entonces la tienda era irrecuperable: el techo había cedido en dos puntos, el almacén era un amasijo de metal retorcido y madera carbonizada, y el olor a solvente quemado impregnaba todo el barrio con una persistencia que duró días.

—¿Qué va a hacer usted ahora, Don Ernesto? —le preguntó un vecino, un hombre de edad que vivía dos puertas adelante y que tenía la costumbre de hacer las preguntas que los demás pensaban pero no formulaban.

Don Ernesto tardó en responder. Seguía mirando los escombros con esa expresión de quien intenta encontrar en el desastre algún punto de referencia conocido.

—No lo sé —dijo por fin—. No lo sé todavía.

Era la primera vez que yo le escuchaba decir que no sabía algo.

El seguro cubrió una parte de las pérdidas, según supe después, pero no lo suficiente para reconstruir el negocio tal como había sido. Don Ernesto y doña Carmen se mudaron a vivir con uno de sus hijos en otra colonia. La esquina estuvo vacía durante meses, con los muros ennegrecidos y las ventanas tapiadas con madera, hasta que alguien compró el terreno y construyó otra cosa.

Yo recuerdo esa noche con una claridad que el tiempo no ha difuminado.

Recuerdo el olor antes de ver el resplandor. Recuerdo el punto exacto donde el fuego había encontrado los solventes, en el rincón noreste del almacén, junto a los estantes metálicos donde Don Ernesto guardaba la mercancía más valiosa. Recuerdo cuánto tardó en alcanzar el techo de madera del primer piso y cómo desde ahí se extendió hacia la parte habitacional con una velocidad que los bomberos consideraron notable dadas las condiciones.

Recuerdo también la expresión de Don Ernesto en la banqueta de enfrente: los lentes puestos, el camisón, las manos caídas a los lados como si hubieran olvidado para qué servían.

Esa noche aprendí algo que no habría podido aprender de otra manera.

Aprendí que una vida entera puede caber en pocas horas. Que lo que una persona construye durante décadas con paciencia y con una vigilancia obsesiva sobre cada detalle puede desaparecer antes del amanecer. Y aprendí que la gente, ante el desastre de otra persona, dice siempre las mismas cosas: que es una lástima, que quién lo hubiera dicho, que el seguro debería cubrir al menos algo.

Nadie pregunta lo que nadie pregunta.

Y eso también es, a su manera, una enseñanza.

CAPÍTULO 3

La beca perdida

Hay personas que uno recuerda con una claridad desproporcionada respecto al tiempo que las conoció.

Lucía Serrano es una de ellas. La traté durante poco más de dos años, en los pasillos y aulas de la facultad donde ambas estudiábamos, y sin embargo la recuerdo con una nitidez que el tiempo no ha erosionado: su manera de caminar con los libros apretados contra el pecho, la forma en que fruncía el ceño cuando algo en una explicación no la convencía del todo, la voz con que intervenía en los seminarios, siempre precisa, siempre un paso adelante del argumento que el profesor apenas estaba construyendo.

Era extraordinariamente inteligente. Esto no es una concesión retrospectiva ni una forma de hacer más interesante lo que vino después; es una observación que cualquiera que la conociera habría hecho sin dificultad. Provenía de una familia sin recursos, había llegado a la universidad con una beca parcial que complementaba trabajando en las tardes, y aun así sacaba las mejores calificaciones de su generación con una consistencia que al principio provocaba admiración y con el tiempo empezó a provocar otras cosas.

Porque eso ocurre también. Uno no siempre celebra el talento ajeno indefinidamente.

La conocí en el segundo año de la carrera, en un seminario de metodología que impartía el doctor Fuentes Alameda, un hombre erudito y algo vanidoso que tenía la costumbre de hacer preguntas difíciles al inicio de cada sesión para medir, según decía, el nivel de preparación del grupo. La mayoría de los estudiantes aprendió pronto a sentarse en los lugares menos visibles. Lucía, en cambio, elegía siempre la primera fila.

—¿Cómo se explica que dos investigaciones con marcos teóricos opuestos lleguen a conclusiones similares? —preguntó el doctor Fuentes Alameda una mañana, mirando al grupo con esa expresión suya de quien ya sabe la respuesta y solo quiere saber quién más la sabe.

Hubo un silencio que se prolongó lo suficiente para volverse incómodo. Luego Lucía respondió, sin levantar la mano, con la tranquilidad de alguien que no necesita pedir permiso para hablar:

—Porque los marcos teóricos determinan las preguntas que uno hace, no los datos que encuentra. Si los datos son los mismos, las conclusiones pueden converger aunque los puntos de partida sean distintos.

El doctor Fuentes Alameda la miró un momento.

—Correcto —dijo, en el tono ligeramente contrariado de quien esperaba poder desarrollar más la respuesta.

Después de la sesión me acerqué a ella.

—Eso fue preciso —le dije.

Ella encogió los hombros con una modestia que no era del todo genuina, que era más bien el gesto de alguien que sabe que lo fue pero considera innecesario confirmarlo.

—Era la respuesta obvia —dijo.

No lo era. Pero entendí que para ella, en efecto, lo era, y esa diferencia me pareció interesante.

Durante los dos años siguientes compartimos varios cursos y desarrollamos una relación que no llegó a ser una amistad profunda pero que tenía la comodidad funcional de quienes se reconocen como inteligentes mutuamente y encuentran en eso suficiente base para conversar. Estudiábamos en la biblioteca algunas tardes. Intercambiábamos apuntes. Ocasionalmente tomábamos un café en la cafetería de la facultad y hablábamos de los profesores, de los trabajos pendientes, de las dificultades de sostener los estudios con recursos limitados que ella mencionaba sin queja pero con una franqueza que yo apreciaba.

Lo que fui observando con el tiempo, sin prisa, fue algo que Lucía no habría reconocido en sí misma porque las personas raramente reconocen sus propias vulnerabilidades cuando están envueltas en sus fortalezas. Era lo que yo llamaría, con la distancia que dan los años, la soberbia de los elegidos: esa certeza silenciosa, casi inconsciente, de

quienes han sido reconocidos como excepcionales desde temprano y han llegado a creer que el talento funciona como una protección general contra el mundo, que las reglas que aplican a los demás no aplican con la misma severidad a quien demuestra merecer una excepción.

No lo decía. Pero uno lo veía en pequeñas cosas.

Lo veía en la forma en que aceptaba los elogios de los profesores: sin falsa modestia, simplemente los recibía como lo que le correspondía. Lo veía en la manera en que trataba los plazos de entrega, que para ella eran orientativos más que obligatorios porque confiaba en que la calidad de su trabajo justificaría cualquier retraso. Lo veía en cómo hablaba de los otros estudiantes, nunca con crueldad, pero con esa ligera condescendencia de quien se sabe en otra categoría.

—El problema de Martínez —me dijo una tarde, refiriéndose a un compañero que había presentado un trabajo criticado por el profesor— es que lee mucho y piensa poco. Acumula referencias como si eso fuera lo mismo que tener ideas.

Era una observación exacta. Y era también, vista desde cierto ángulo, la descripción de una persona que no se considera vulnerable a ese error porque se cree inmune a la mediocridad.

Uno aprende a identificar esa clase de certezas. Y aprende también que son, precisamente, el tipo de certeza que más fácilmente se rompe.

La beca internacional llegó al final del cuarto año.

Era una convocatoria de la que se hablaba en la facultad con la reverencia que se reserva para las cosas que ocurren muy pocas veces: un lugar en un programa de posgrado en Europa, financiamiento completo, duración de tres años. El comité de selección evaluaba expediente académico, un proyecto de investigación y dos cartas de recomendación. Lucía presentó su candidatura con la tranquilidad de alguien que sabe que cumple todos los criterios y que los cumple mejor que cualquier otro candidato.

Y tenía razón. Su expediente era impecable. Su proyecto de investigación era riguroso y original. Las cartas de recomendación —una del doctor Fuentes Alameda y otra de una profesora visitante que había dirigido su trabajo de tercer año— eran, según supe, entusiastas.

Cuando se anunció que había obtenido la beca, el festejo en la facultad fue genuino, de esa clase de celebración colectiva que ocurre cuando el resultado es tan claramente el correcto que nadie puede objetarlo. Incluso los que no la querían especialmente reconocían que se lo merecía.

Fue unas tres semanas después cuando el doctor Fuentes Alameda recibió el sobre.

No había remitente. Contenía seis páginas: una carta sin firma y cinco hojas impresas con fragmentos subrayados de dos textos diferentes. La

carta señalaba, con una precisión que sugería que quien la había redactado conocía bien la materia, que varios párrafos del trabajo más importante de Lucía —el que había sido central en su candidatura— reproducían sin atribución argumentos desarrollados en una investigación publicada tres años antes por una académica alemana cuya obra no circulaba habitualmente en los programas mexicanos.

El doctor Fuentes Alameda llevó el sobre a la coordinación.

La coordinación abrió una investigación.

Yo me enteré de esto por la propia Lucía, que llegó una tarde a la biblioteca donde yo estaba trabajando con una expresión que no le había visto nunca: no exactamente asustada, sino descolocada, como alguien a quien acaban de mover el piso bajo los pies en un momento en que no esperaba ningún movimiento.

—Me están acusando de plagio —me dijo, sentándose frente a mí sin preámbulo—. Es una idiotez. Yo conozco ese trabajo alemán, lo cité en la bibliografía general, pero los argumentos los desarrollé por mi cuenta. Cualquiera que lea los dos textos con atención puede ver que son desarrollos paralelos, no una copia.

—¿Y eso no se puede demostrar? —pregunté.

—Se puede demostrar si alguien se toma el tiempo de leer con cuidado. El problema es que una investigación formal tarda meses, y la beca tiene fecha de inicio.

Tenía razón en eso también. La comisión académica se reunió en tres ocasiones a lo largo de seis semanas. Yo no tuve acceso a esas reuniones, pero sí a los rumores que circulaban por la facultad con esa velocidad característica que tienen los escándalos en los espacios cerrados, donde todos se conocen y todos tienen una opinión formada antes de que los hechos estén claros.

—Dicen que es obvio —escuché decir a una estudiante en la fila de la cafetería—. Que los párrafos son casi idénticos.

—Yo no lo creo —respondió quien estaba con ella—. Lucía no necesita copiar a nadie.

—La gente que no necesita copiar también copia a veces. A veces más.

También escuché al doctor Fuentes Alameda en el pasillo, conversando con un colega en ese tono de quien no quiere que lo escuchen pero habla lo suficientemente alto como para que sea posible:

—Es una lástima —decía—. Genuinamente. Pero la comisión no puede ignorar algo así. Si lo ignoramos con ella, ¿con qué argumento lo aplicamos a los demás?

—¿Y si es inocente? —preguntó el otro.

Hubo una pausa breve.

—Entonces es una lástima mayor —respondió el doctor Fuentes Alameda —. Pero el proceso tiene que seguir su curso. Eso es lo que distingue a una institución seria de una que toma decisiones según la simpatía que le generan las personas involucradas.

Era un argumento impecable. Y era también, en las circunstancias específicas, exactamente el tipo de argumento que más daño podía hacer.

Lucía defendió su caso ante la comisión con documentos, con borradores de trabajo que mostraban el desarrollo de sus argumentos, con una cronología de sus lecturas que intentaba demostrar que el texto alemán no había sido su fuente sino una convergencia. La comisión escuchó, deliberó, y finalmente resolvió que las similitudes eran suficientemente graves como para comprometer la candidatura.

Le retiraron la beca.

La vi una última vez, en el pasillo de la facultad, unos días después de la resolución. Tenía el aspecto de alguien que ha dormido poco y ha pensado demasiado, que es una combinación que produce en las personas una especie de agotamiento que va más allá de lo físico.

—No voy a apelar —me dijo—. No tiene sentido. Aunque gane, el daño ya está hecho.

—Quizás con el tiempo —empecé.

—No —me interrumpió, con una calma que era más dolorosa que cualquier otra reacción—. Estas cosas no se olvidan. Quedan en los expedientes, quedan en las conversaciones. Uno puede demostrar su inocencia diez veces y siempre habrá alguien que recuerde la acusación antes que la demostración.

No respondí. No había nada que agregar que mejorara lo que el proceso ya estaba haciendo solo.

Dejó de asistir a la facultad algunas semanas después. Nadie supo con certeza adónde fue ni qué hizo después. Su nombre siguió apareciendo en las conversaciones durante algún tiempo, primero como el centro de la historia y luego como una referencia, y luego como un ejemplo vago que alguien citaba de vez en cuando cuando quería hablar de la fragilidad de las instituciones o de la crueldad de los procesos formales.

Yo reflexioné durante mucho tiempo sobre lo que le ocurrió a Lucía Serrano.

Reflexioné sobre la velocidad con que una acusación puede recorrer un espacio cerrado antes de que nadie haya verificado su contenido. Sobre cómo las instituciones, cuando se sienten incómodas con un escándalo, tienden a resolverlo con rapidez en lugar de resolverlo con precisión, que son cosas muy distintas. Sobre cómo alguien que ha construido su identidad entera sobre la certeza de su propio talento no tiene, en el

momento del cuestionamiento, los recursos para defenderse de una manera que no confirme lo que la acusación ya insinúa.

Y reflexioné también sobre los documentos anónimos que habían llegado al despacho del doctor Fuentes Alameda: la carta sin remitente, los fragmentos subrayados con una precisión que sugería conocimiento profundo del tema, el momento exacto en que habían aparecido, que era suficientemente tarde para que el proceso de selección estuviera cerrado pero suficientemente pronto para que la investigación impidiera el viaje.

Esas cosas también forman parte del inventario.

CAPÍTULO 4

El matrimonio que se quebró

Los matrimonios felices son, en su mayoría, matrimonios que han aprendido a no mirarse demasiado.

Esto no es un juicio sino una observación. Uno que convive con otra persona durante años construye inevitablemente un sistema de acuerdos tácitos sobre qué se dice y qué no se dice, qué se pregunta y qué se deja estar, qué rincones de la relación se iluminan y cuáles se mantienen deliberadamente en penumbra. Ese sistema no es una mentira ni una cobardía: es la arquitectura invisible que sostiene la convivencia. La mayoría de las parejas no lo construye conscientemente; lo va construyendo por acumulación, por instinto de preservación, por el aprendizaje gradual de que hay preguntas cuya respuesta honesta cuesta más de lo que vale la satisfacción de haberlas hecho.

Ricardo y Elena Solórzano llevaban veintidós años casados cuando los conocí.

Los conocí a través de mi marido, que había trabajado con Ricardo en la misma empresa durante varios años antes de que cada uno tomara rumbos distintos. Empezamos a frecuentarnos en esa forma pausada en que se frecuenta a las parejas de los conocidos: una cena de vez en cuando, un par de reuniones anuales donde el afecto se mantiene sin requerir demasiada inversión. Con el tiempo las cenas se volvieron más regulares y la relación adquirió la textura de algo que podía llamarse amistad, aunque quizás el término correcto era familiaridad, que es una cosa distinta aunque a menudo se confunda con la otra.

Ricardo era contador, metódico y puntual, con un sentido del humor seco que aparecía en los momentos menos esperados y que hacía más efecto precisamente por eso. Elena era maestra de primaria, con una energía que parecía no agotarse y una capacidad para recordar los detalles de la vida de los demás —los nombres de los hijos, los cumpleaños, las situaciones que alguien había mencionado meses atrás — que en una persona menos genuina habría parecido calculada.

Eran, vistos desde afuera, el tipo de pareja que hace que los demás se pregunten en qué consiste exactamente lo que tienen. No se demostraban afecto de manera ostentosa pero había entre ellos una coordinación que delataba años de convivencia bien gestionada: se completaban las frases, anticipaban las reacciones del otro, se hacían pequeñas señales cuyo significado solo ellos conocían.

—Llevan más de veinte años y todavía se escuchan —me dijo una vez una amiga común, en el tono levemente melancólico de quien observa algo que no tiene en su propia vida.

—Se escuchan —confirmé.

Aunque lo que yo había observado, con más atención de la que probablemente era necesaria, era que se escuchaban selectivamente. Como todo el mundo.

Fue en una cena de mediados de año, en casa de ellos, cuando noté por primera vez algo que no había notado antes. Éramos seis en la mesa: Ricardo y Elena, otro matrimonio amigo de ellos al que yo conocía poco, mi marido y yo. La conversación había seguido el curso habitual de ese tipo de reuniones: el trabajo, los hijos, alguna noticia reciente que daba para comentario. En algún momento Elena mencionó a un colega de la escuela donde trabajaba, un hombre que había llegado hacía poco de otra ciudad y que, según contó, estaba teniendo dificultades para integrarse al ambiente del lugar.

—Es inteligente —dijo Elena—. Quizás demasiado para el contexto, que es el problema típico de la gente que viene de fuera creyendo que las cosas se hacen mejor en otra parte.

Era una observación neutral, del tipo que se hace docenas de veces en una conversación sin que nadie le preste demasiada atención.

Pero yo noté que al decirla Elena había bajado ligeramente el tono, como si la frase fuera más para ella que para la mesa. Y noté también, sin volverme a mirarlo directamente, que Ricardo había dejado de mover el tenedor durante el segundo exacto en que ella habló.

No dije nada. No había nada que decir todavía.

Pero esa noche, al volver a casa, estuve pensando en ese instante. En la forma en que ciertas frases aparentemente inocentes tienen un peso específico que las distingue de las frases verdaderamente inocentes. En cómo alguien que conoce bien a su pareja puede percibir ese peso sin saber exactamente de dónde viene, y cómo esa percepción, una vez instalada, empieza a buscar confirmación en todo lo que viene después.

Las relaciones humanas son más frágiles de lo que parecen porque se sostienen, en buena medida, sobre el acuerdo tácito de no mirar ciertos rincones. Uno puede vivir muchos años junto a alguien sin que ese acuerdo se rompa. Pero basta con que alguien señale uno de esos rincones —no con una acusación, no con una prueba, apenas con un

gesto, con un silencio, con una pregunta formulada de cierta manera— para que la estructura entera empiece a moverse.

En la siguiente reunión, unas semanas después, aproveché un momento en que Elena estaba en la cocina para decirle a Ricardo, en el tono casual de quien comparte una observación sin importancia:

—Elena parece muy comprometida con ese colega nuevo que mencionó. ¿Ya lo conociste?

Ricardo me miró un momento antes de responder.

—No —dijo—. No ha habido ocasión.

—Ah —dije. Y volví a mi copa.

Era todo. Una pregunta de doce palabras y una respuesta de una. Eso fue suficiente.

Porque lo que había hecho no era acusar ni insinuar directamente: era simplemente poner frente a Ricardo una imagen que ya existía en algún lugar de su mente —la imagen de Elena mencionando a ese hombre con ese tono— y enmarcarla de una manera que la hacía difícil de ignorar. El resto lo haría él solo, que es siempre la parte más eficiente del proceso. Las sospechas que uno construye con su propia imaginación son siempre más convincentes que las que alguien le describe.

Las semanas siguientes Ricardo empezó a prestar atención a cosas que antes dejaba pasar. Llegó un momento en que Elena mencionó quedarse tarde en la escuela para una reunión de planeación y Ricardo preguntó, con una casualidad que no era del todo casual, si el colega nuevo estaría en esa reunión. Elena respondió que no lo sabía, que probablemente sí porque estaba en el mismo nivel. Ricardo no dijo nada más. Pero el silencio que siguió a esa respuesta era de una calidad distinta a los silencios anteriores.

Yo los observaba en las reuniones con la atención de quien sigue el desarrollo de algo que entiende mejor que los participantes. La conversación entre ellos fue perdiendo gradualmente esa coordinación que había sido su rasgo más visible. Los silencios se alargaban. Las frases que antes se completaban quedaban a mitad. Cuando Ricardo hacía un chiste, Elena tardaba un segundo más de lo habitual en sonreír, y ese segundo era suficiente para que el chiste perdiera su efecto.

En una cena de agosto, Elena sirvió el vino empezando por Ricardo, como siempre hacía, y Ricardo murmuró algo parecido a un gracias sin mirarla. Era un detalle mínimo. Del tipo de detalle que en una pareja en buen estado no significa nada y en una pareja en tensión significa demasiado. Los otros invitados no lo notaron. Yo sí.

Después de la cena, mientras los hombres conversaban en la sala, Elena y yo nos quedamos en la cocina recogiendo. Se movía con la eficiencia mecánica de quien está pensando en otra cosa mientras hace lo que tiene que hacer.

—¿Está bien Ricardo? —le pregunté, en el tono neutro de quien pregunta por cortesía.

Elena tardó un momento en responder.

—Está raro —dijo finalmente—. Hace semanas que está raro y no sé por qué. Cuando le pregunto dice que es el trabajo.

—¿Y tú le crees?

Me miró.

—¿Por qué no le iba a creer?

—Por nada —dije—. El trabajo de Ricardo es estresante, tiene sentido que se lleve las preocupaciones a casa.

Asintió, pero había algo en su expresión que decía que esa explicación no la convencía del todo, que había empezado a buscar otras y que ninguna de las que encontraba le gustaba más. Lo que había conseguido con esa pregunta era instalarle a ella la misma incomodidad que ya llevaba semanas instalada en Ricardo: la sensación de que algo no cuadra, aunque no se sepa exactamente qué.

Un sábado por la tarde, Ricardo me llamó por teléfono.

—¿Tienes un momento? —preguntó.

—Claro —dije.

Hubo una pausa larga, del tipo en que uno escucha a la otra persona respirar y sabe que está organizando algo que le cuesta trabajo formular.

—¿Tú has notado algo diferente en Elena últimamente? —me preguntó finalmente, en el tono de quien ha tardado mucho en decidirse a hacer una pregunta y todavía no está seguro de haber elegido bien el momento.

—¿En qué sentido? —respondí.

—No sé. Algo. Está distante. O quizás soy yo que estoy... no sé.

—Las épocas de mucho trabajo a veces producen eso —dije—. Aunque sí, la he notado un poco ensimismada en las últimas semanas. Pero no le di importancia.

Volví a usar las mismas doce palabras de siempre, apenas reordenadas. No le di importancia: una frase que confirma que hay algo a lo que dar importancia sin decirlo directamente.

Ricardo colgó al cabo de unos minutos. No supe qué conversación tuvo esa noche con Elena, pero supe que la tuvo porque en la siguiente reunión ya eran visibles las consecuencias: una tensión entre ellos que no requería conocerlos bien para percibirse, y que los demás atribuyeron al trabajo, al cansancio, a esas épocas que tienen todas las parejas.

Lo que vino después fue más lento pero igualmente predecible. Las discusiones que comenzaron siendo sobre cosas pequeñas fueron

adquiriendo una historia debajo que las hacía más grandes de lo que su superficie sugería. Elena, que no entendía exactamente qué había cambiado ni por qué, reaccionaba a la desconfianza de Ricardo con una combinación de irritación y culpa que él interpretaba, inevitablemente, como confirmación de sus sospechas.

El colega nuevo, según supe después, no tuvo nunca ninguna relación con Elena que no fuera estrictamente profesional. Pero eso es lo que tiene la sospecha bien colocada: no necesita una verdad que la sustente porque se alimenta de la propia reacción de quien la padece.

La separación ocurrió dieciocho meses después de aquella primera cena. Fue amarga, como son amargas las separaciones en que ninguna de las dos partes entiende del todo cómo llegaron hasta ahí. Había dos hijos, un departamento en disputa, cuentas bancarias conjuntas que hubo que separar con la intervención de abogados.

Los hijos quedaron en el medio, que es donde quedan siempre los hijos en estas circunstancias.

Recuerdo que Elena me llamó una tarde, durante el proceso, con esa voz que tienen las personas cuando llevan demasiado tiempo cargando algo sin poder depositarlo en ningún lugar.

—No entiendo qué pasó —me dijo—. Yo no hice nada. No hice nada y de alguna manera ya nada funciona.

—A veces no hace falta hacer nada —respondí—. A veces las cosas simplemente se mueven solas.

—Pero algo tuvo que pasar —insistió—. Las cosas no se mueven solas sin razón.

—No siempre encontramos la razón —dije—. Y a veces la razón no cambia nada aunque la encontremos.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Qué cosa tan triste —dijo finalmente.

—Sí —concordé.

Y la conversación terminó poco después, como terminan estas cosas cuando ya no queda nada más que decir.

CAPÍTULO 5

El fraude del banco

Hay un tipo de persona cuya virtud principal es también su fragilidad más profunda, aunque ella misma no lo sepa.

Marcos Aldana era uno de esos hombres que parecen construidos para inspirar confianza: puntual, discreto, metódico, con una vida personal tan ordenada como su escritorio y una reputación profesional que había cultivado durante más de veinte años sin un solo tropiezo visible. Lo

conocí a través de un círculo de amistades comunes en la época en que mi marido y yo frecuentábamos ambientes empresariales con cierta regularidad. No era un hombre particularmente interesante en el sentido social del término —no contaba historias con gracia, no tenía opiniones encendidas sobre nada, no producía en los demás esa curiosidad que generan las personas con aristas— pero era el tipo de hombre al que uno siempre saluda con genuino agrado porque su presencia no complica nada ni exige nada.

Trabajaba en una institución financiera mediana, de las que operan con suficiente discreción como para no aparecer en los periódicos más que en los suplementos de negocios y con suficiente solidez como para que sus empleados sientan que trabajan en algo permanente. Llevaba la administración de un conjunto de cuentas corporativas de mediano volumen: empresas familiares, algunos fideicomisos, una cartera de clientes que había heredado de su antecesor y que había ido ampliando con la misma paciencia metódica con que hacía todo lo demás.

—Marcos es de esas personas que uno quisiera que le manejara el dinero —me dijo una vez una conocida común, con esa admiración práctica que se reserva para quienes han demostrado ser confiables en las cosas que realmente importan—. Si él dice que algo está bien, está bien.

—Sí —respondí—. Transmite eso.

Y era verdad que lo transmitía. Lo que yo había observado con más detenimiento, en cambio, era algo que esa misma virtud producía como consecuencia inevitable: Marcos Aldana había construido su identidad entera sobre esa reputación de hombre confiable, y eso significaba que no tenía prácticamente ningún recurso para sobrevivir a un cuestionamiento de ella. La institución era su único mundo real. Fuera de ella, no había nada que lo sostuviera con la misma solidez.

Uno que ha invertido todo en un solo lugar no tiene reservas cuando ese lugar se derrumba.

La relación que tuve con Marcos y su familia fue siempre cordial pero no especialmente cercana. Nos veíamos en reuniones de grupo, intercambiábamos algunas palabras sobre los hijos o sobre las noticias del momento, y eso era suficiente. Era el tipo de conocido con quien uno nunca tiene una conversación verdaderamente profunda pero cuya presencia en el mismo círculo social produce una familiaridad cómoda.

Lo suficiente para saber ciertas cosas.

Lo suficiente para haber escuchado, en una conversación que Marcos tuvo con otro hombre del grupo sobre manejo de inversiones, que en su institución había un sistema de revisión interna que se activaba automáticamente cuando ciertas métricas de las cuentas corporativas mostraban variaciones fuera del rango esperado. Lo suficiente para haber entendido, a partir de esa conversación y de otras, cómo

funcionaba ese sistema y qué clase de movimientos lo hacían reaccionar.

Era información que Marcos había compartido sin ninguna reserva, porque era el tipo de información técnica que los hombres comparten cuando hablan de su trabajo sin pensar que alguien en la mesa pueda encontrarle una utilidad diferente a la de hacer conversación.

Uno aprende a escuchar esas cosas con atención.

La auditoría comenzó en octubre, según supe después por los mismos canales informales por los que suelen saberse estas cosas en los círculos donde todos se conocen lo suficiente. Un analista del área de cumplimiento había detectado variaciones en tres cuentas corporativas que administraba Marcos: movimientos que en cada caso individual estaban dentro de los rangos normales pero que vistos en conjunto mostraban un patrón que el sistema de revisión interna había marcado como irregular.

El patrón era específico: transferencias fraccionadas entre cuentas vinculadas, realizadas en fechas que coincidían con los cierres de trimestre, por montos que individualmente no superaban los umbrales de reporte pero que acumulados a lo largo de dieciocho meses representaban una cantidad suficientemente significativa para justificar una investigación formal.

Era un patrón que, visto desde afuera, sugería que alguien con conocimiento profundo de los mecanismos internos de esas cuentas había estado moviendo dinero de manera deliberada y sistemática, aprovechando exactamente los espacios que el sistema de monitoreo dejaba sin cubrir.

La institución reaccionó con la velocidad que tienen las instituciones financieras cuando detectan algo que puede comprometer su reputación antes de que lo haga la prensa: suspensión inmediata, investigación interna paralela a la denuncia ante las autoridades, separación del empleado involucrado con la rapidez suficiente para que quedara claro que la institución misma era víctima y no cómplice.

Marcos fue llamado un martes por la mañana al despacho del director de operaciones. Esa tarde ya no estaba en su oficina.

Me enteré por una llamada de la misma conocida que alguna vez había elogiado su confiabilidad, con esa mezcla de consternación genuina y excitación apenas disimulada que tienen las personas cuando una historia demasiado buena para resistirse les llega en forma de noticia trágica:

—¿Ya supiste lo de Marcos Aldana? —me preguntó.

—No —dije—. ¿Qué pasó?

—Lo están investigando por fraude. En el banco. Dicen que durante más de un año estuvo haciendo movimientos en las cuentas de sus clientes. No sé los detalles pero parece que es algo serio.

—No puede ser —dije.

—Eso digo yo. Marcos, de todas las personas.

—De todas las personas —repetí.

Y dejé que el silencio hiciera el resto del trabajo, porque el silencio en esos momentos siempre dice más que cualquier comentario adicional.

Lo que siguió fue breve y devastador, como suelen ser estas cosas cuando el mecanismo institucional ya está en movimiento y no hay nada que lo detenga. Marcos contrató un abogado que hizo lo que pudo con lo que había, que no era mucho. La investigación interna del banco encontró los mismos patrones que había encontrado el analista de cumplimiento, y los encontró además en una cuarta cuenta que el primer rastreo no había incluido. Las autoridades abrieron su propio expediente.

Marcos declaró su inocencia en todas las instancias disponibles, con una consistencia que en otras circunstancias habría resultado convincente. Pero hay algo en la estructura de estas investigaciones que trabaja en contra del inocente con la misma eficiencia con que trabaja en contra del culpable: el peso de la prueba se invierte de manera práctica aunque no de manera formal, y quien tiene que demostrar que no hizo algo parte siempre en desventaja respecto a quien tiene documentos que sugieren que sí lo hizo.

Los documentos sugerían que sí lo hizo.

Lo que Marcos no podía explicar —y esta era la parte que sus abogados encontraban más difícil de manejar— era el patrón. Podía argumentar que cada transacción individual tenía una justificación técnica dentro de los parámetros normales de la gestión de esas cuentas. Pero el patrón en conjunto, la regularidad de las fechas, la consistencia de los montos y la forma en que los movimientos se distribuían precisamente entre los espacios que el sistema de monitoreo no cubría: eso era más difícil de atribuir a una coincidencia.

—¿Cómo explica usted que los movimientos ocurrieran siempre en los mismos días del trimestre? —le preguntó el auditor externo según me relató después un conocido que tuvo acceso indirecto a partes del proceso.

—Porque esos días son naturalmente los de mayor actividad en esas cuentas —respondió Marcos—. Es el ciclo normal de las empresas que las manejan.

—¿Y el rango de los montos?

—Son rangos habituales para el tipo de operaciones que esas empresas realizan.

—¿Y la distribución entre cuentas vinculadas?

Marcos no tuvo una respuesta satisfactoria para esa pregunta. Porque la respuesta honesta —que no sabía explicarlo, que esos movimientos aparecían en los registros pero no correspondían a instrucciones que él recordara haber dado— sonaba exactamente como lo que diría alguien que intentara negar lo evidente.

Las instituciones no tienen paciencia para las respuestas que suenan a evasión, aunque no lo sean.

Su esposa lo sostuvo durante los primeros meses, con esa lealtad que algunas personas mantienen mientras creen que el error es del sistema y no de la persona. Cuando la investigación se prolongó y las pruebas se acumularon, la lealtad fue cediendo al agotamiento y al cálculo de lo que quedaba por delante. Para el segundo año del proceso ya vivían en casas separadas.

Sus hijos, que entonces tenían dieciséis y trece años, quedaron en el medio con la confusión específica de quienes ven derrumbarse la imagen que tenían de alguien sin tener todavía los recursos para procesar lo que eso significa.

En el círculo de conocidos comunes, la historia de Marcos circuló durante meses con esa persistencia que tienen los escándalos cuando involucran a alguien cuya imagen previa hacía el contraste especialmente llamativo. Había quienes defendían su inocencia con argumentos basados en el carácter que siempre habían conocido en él. Había quienes adoptaban el tono de quien siempre supo que algo no cuadraba, aunque nadie hubiera dicho nada antes de que la investigación lo hiciera público. Y había los que simplemente evitaban el tema cuando Marcos era mencionado, que es la forma más eficiente de retirarle a alguien el apoyo social sin tener que declararlo abiertamente.

Lo que nadie cuestionó en ningún momento fue el origen del señalamiento. Quién había sido el primero en notar las variaciones, quién había puesto en marcha el proceso de revisión que derivó en la auditoría formal. Estas preguntas no se hacen porque las instituciones no funcionan de esa manera: cuando un mecanismo produce el resultado para el que fue diseñado, nadie se detiene a examinar quién lo puso en marcha. El mecanismo simplemente funcionó.

Y eso es, en cierta forma, lo más elegante de trabajar a través de los mecanismos que ya existen.

Vi a Marcos una última vez en una reunión a la que ambos habíamos sido invitados antes de que el escándalo se hiciera completamente público, en esa breve ventana en que las cosas ya habían empezado a moverse pero todavía no todo el mundo lo sabía. Estaba sentado en un extremo de la sala con una copa en la mano que no había tocado, mirando la conversación general con la expresión de alguien que ya no pertenece del todo al lugar donde está.

Me acerqué.

—¿Cómo estás, Marcos?

Me miró un momento antes de responder, como si la pregunta requiriera más procesamiento del habitual.

—Estoy en un problema —dijo finalmente, en el tono directo de quien ha dejado de tener energía para los rodeos—. Un problema que no entiendo y que no sé cómo salir de él.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —pregunté.

Negó con la cabeza lentamente.

—No —dijo—. Creo que no.

Tenía razón. No había nada que nadie pudiera hacer ya. Esa es también una de las cosas que uno aprende con el tiempo: el momento en que intervenir y el momento en que retirarse, y la diferencia entre los dos no siempre es evidente para quien está dentro del problema, aunque para quien lo observa desde afuera resulte perfectamente clara.

Me despedí de él con la cordialidad de siempre y volví a la conversación general.

Esa fue la última vez que lo vi.

CAPÍTULO 6

La herencia que destruyó una familia

Las familias son, en su mayoría, estructuras que funcionan mientras el dinero no está en juego.

Esto tampoco es un juicio. Es una observación que cualquiera puede hacer con suficiente tiempo de atención. Hay familias que se mantienen unidas por afecto genuino, por historia compartida, por hábito o por la inercia de no haber tenido nunca una razón suficientemente poderosa para separarse. Pero cuando aparece el dinero —no el dinero cotidiano sino el dinero que cambia la posición de las personas, el dinero que redistribuye el poder dentro de un grupo— todas esas razones de unión se someten a una prueba que muchas no superan.

Los Garmendia eran una familia que yo conocí durante casi tres décadas.

El padre, don Aurelio Garmendia, era un hombre que había construido un patrimonio considerable mediante una combinación de negocios inmobiliarios, inversiones pacientes y una frugalidad personal que contrastaba con la escala de lo que había logrado acumular. Vivía en la misma casa de siempre, conducía coches de precio moderado, comía en los mismos restaurantes de barrio que había frecuentado cuando no tenía nada. El dinero para él no era un fin sino una consecuencia, y esa actitud le había permitido acumularlo sin la distracción de gastarlo.

Tenía tres hijos: Aurelio hijo, el mayor, que había entrado al negocio familiar desde joven y que llevaba años administrando la parte operativa de las propiedades con una competencia que nadie cuestionaba aunque tampoco nadie celebraba especialmente; Rodrigo, el segundo, que había tomado un camino distinto estudiando derecho y ejerciendo como abogado con éxito moderado, y que mantenía con su padre una relación cordial pero distante desde que había dejado en claro que no le interesaba el negocio familiar; y Patricia, la menor, la favorita no declarada de don Aurelio, que había vivido siempre cerca de él y que se había ocupado de su cuidado durante los últimos años con una dedicación que los hermanos mayores agradecían en la medida en que los eximía de tener que hacerlo ellos.

Conocí a la familia a través de Patricia, con quien compartí durante años un grupo de mujeres que se reunía con cierta regularidad para lo que en esa época se llamaba simplemente juntarse: conversaciones largas, comidas, el tipo de relación que se construye en los márgenes de las vidas principales y que a veces resulta ser más duradera que muchas de las relaciones centrales.

Patricia era una mujer inteligente y afectuosa, con una lealtad hacia su familia que ella misma habría descrito como su rasgo definitorio. Había sacrificado varias cosas por esa lealtad —oportunidades de trabajo, una relación que no prosperó en parte por la cantidad de tiempo que dedicaba a su padre— sin que eso pareciera pesarle demasiado. Era el tipo de persona que encuentra genuino sentido en el cuidado de los demás y que no necesita que ese sentido sea reconocido externamente para mantenerlo.

A través de Patricia fui conociendo la dinámica familiar con la profundidad que solo dan los años de conversación sin guardia: las tensiones antiguas entre los hermanos, las diferencias de carácter que el tiempo había ido agudizando en lugar de suavizar, las heridas pequeñas que nunca habían cicatrizado del todo porque en las familias funcionales tampoco se habla de ellas directamente.

Sabía que Aurelio hijo sentía que su trabajo en el negocio familiar no había sido reconocido en la misma medida en que había sido aprovechado. Sabía que Rodrigo arrastraba deudas de un proyecto legal que había salido mal y que nunca había terminado de saldar, y que esa situación financiera lo hacía más sensible de lo habitual a cualquier conversación sobre dinero. Sabía que Patricia asumía que su dedicación al padre durante los últimos años era, implícitamente, una forma de compensación que don Aurelio ya había considerado al pensar en su testamento, aunque nadie lo hubiera discutido abiertamente.

Eran exactamente el tipo de expectativas que nadie formula hasta que llega el momento en que tienen que formularse.

Don Aurelio murió en marzo, de madrugada, sin sufrimiento visible según me contó Patricia esa misma mañana por teléfono, con la voz de quien ha estado despierta demasiadas horas y todavía no ha procesado del todo lo que ocurrió.

—Murió bien —me dijo—. Si eso existe, murió bien.

—Existe —le respondí—. Y él lo merecía.

El testamento que se conocía, el que don Aurelio había firmado ante notario cuatro años antes con la meticulosidad que aplicaba a todo lo relacionado con su patrimonio, repartía la herencia en tres partes iguales entre los tres hijos, con algunas disposiciones específicas sobre ciertos bienes que tenían valor sentimental más que monetario. Era un documento claro, bien redactado, sin ambigüedades que pudieran dar lugar a interpretaciones.

Los trámites comenzaron con la normalidad burocrática que tienen estas cosas: reuniones con el notario, inventario de bienes, los tiempos de espera propios de los procesos legales. Yo estuve presente en algunas de esas reuniones iniciales porque Patricia me lo pidió, con la lógica práctica de quien quiere tener cerca a alguien de confianza cuando tiene que navegar un proceso que no conoce bien.

—No entiendo la mitad de lo que dice el notario —me confesó en una de esas tardes—. ¿Tú entiendes?

—Algo —respondí—. Lo suficiente para seguir el hilo.

Y era verdad que entendía. Había aprendido a lo largo de los años a moverme con comodidad en ambientes legales y notariales, a leer documentos de ese tipo con la atención necesaria para identificar sus partes esenciales, a entender cómo funcionan los expedientes y en qué puntos del proceso un documento adicional puede incorporarse sin levantar sospechas inmediatas.

Fue aproximadamente cinco semanas después del inicio de los trámites cuando el notario comunicó a los herederos que había aparecido un segundo testamento.

El documento llevaba fecha de dieciocho meses antes de la muerte de don Aurelio, es decir, de dos años y medio después del primero. Estaba firmado ante un notario diferente, en otra ciudad donde don Aurelio tenía algunas propiedades. La firma coincidía con la firma conocida. Los sellos notariales eran correctos. El papel tenía la textura y el envejecimiento propios de un documento de esa antigüedad.

Patricia me llamó esa misma tarde, antes de que yo supiera nada por otro canal.

—Liliana —me dijo, con una voz en la que yo reconocí algo que no era exactamente sorpresa sino la confusión específica de quien recibe una noticia que no sabe si debería alegrarse o asustarse—. Apareció otro

testamento. El notario acaba de decirnos. Hay un testamento más reciente y... me deja la mayor parte.

—¿Tú lo sabías? —pregunté.

—No. Te lo juro que no. No tenía idea.

La creí. Y también pensé, mientras la escuchaba procesar en voz alta lo que acababa de enterarse, que esa ignorancia genuina era precisamente lo que la hacía más convincente ante cualquier cuestionamiento futuro. Una beneficiaria que no sabía que iba a serlo es mucho más difícil de acusar que una que lo hubiera anticipado.

Lo que el segundo testamento disponía era diferente al primero en un punto fundamental: dejaba a Patricia el sesenta por ciento del patrimonio, justificando esa distribución desigual en una cláusula que mencionaba explícitamente su dedicación al cuidado del padre durante los últimos años. Los dos hermanos mayores recibían veinte por ciento cada uno.

Aurelio hijo reaccionó con una frialdad que duró exactamente el tiempo que tardó en calcular lo que eso significaba en cifras. Rodrigo reaccionó de manera más inmediata y más visible, con esa intensidad que tienen las personas cuando una situación económica ya comprometida se vuelve de repente más urgente.

—Esto no es real —le dijo a Patricia en una conversación que ella me relató después, con la perplejidad de quien no entiende cómo una situación que debería ser triste se ha convertido en algo completamente diferente—. Papá nunca habría hecho esto sin decírnoslo. Y nunca habría ido a un notario en otra ciudad sin una razón.

—Yo tampoco sabía nada —respondió Patricia—. Yo tampoco.

—¿Y cómo explicas que apareció ahora?

—No lo explico. No sé cómo explicarlo.

La disputa se instaló con la rapidez que tienen las disputas cuando el dinero y la sospecha se combinan en proporciones iguales. Los abogados llegaron: uno contratado por Aurelio hijo y Rodrigo juntos, con la alianza táctica de quienes tienen un enemigo común, y otro contratado por Patricia, que de repente se encontraba defendiendo no solo su parte de la herencia sino su versión de quién había sido su relación con su padre.

El segundo testamento fue sometido a peritaje. Los expertos encontraron que la firma era consistente con la firma conocida de don Aurelio. Encontraron que el papel y los sellos correspondían al período indicado. Encontraron que el notario que lo había autorizado era un notario real, con registro válido, aunque fallecido hacía ya un año, lo que impedía cualquier verificación directa.

Lo que no pudieron determinar con certeza fue si don Aurelio había firmado ese documento con plena comprensión de su contenido o bajo

alguna circunstancia que pudiera comprometer su capacidad de decisión en ese momento.

Yo continué acompañando a Patricia en algunas reuniones con su abogado, en ese papel de amiga de confianza que había ocupado desde el principio del proceso. Escuché los argumentos de ambas partes con la atención de quien necesita entender cómo está avanzando algo que ha puesto en movimiento.

—Lo que no entiendo —me dijo el abogado de Patricia en una de esas reuniones, dirigiéndose principalmente a ella pero mirándome de vez en cuando con la expresión de quien incluye a todos los presentes en su análisis— es cómo llegó ese documento al expediente. El notario que lo autorizó murió antes de que el proceso comenzara. No hay nadie que pueda dar cuenta de los pasos que siguió antes de llegar aquí.

—¿Y eso complica las cosas? —pregunté.

—Lo complica y lo simplifica al mismo tiempo —respondió—. Complica la defensa porque no hay una cadena clara de custodia. Pero también complica el ataque, porque sin esa cadena los hermanos no pueden probar que el documento es falso, solo que es irregular.

Asentí. Era exactamente el equilibrio que había buscado.

Lo que nunca se resolvió, porque estas cosas raramente se resuelven, fue quién había introducido ese segundo documento en el expediente ni en qué momento preciso había aparecido. El proceso legal se prolongó durante casi dos años, consumiendo en honorarios de abogados una parte significativa de lo que se disputaba, y terminó en un acuerdo extrajudicial que dejó a las tres partes insatisfechas en proporciones distintas pero comparables.

Lo que no terminó fue el daño entre los hermanos.

Patricia me llamó una tarde, meses después de que el acuerdo quedara firmado, con esa voz que tienen las personas cuando han procesado suficiente como para ver con claridad algo que antes no podían ver.

—Mis hermanos creen que yo fabriqué ese testamento —me dijo.

—¿Y tú qué les dices? —pregunté.

—Que no lo hice. Que no habría sabido cómo hacerlo aunque hubiera querido.

—¿Y te creen?

Hubo una pausa larga.

—No —dijo—. Creo que no. Y lo peor es que ya no importa si me creen o no. El daño ya está hecho.

Tenía razón en eso. El daño de ese tipo de sospecha no se repara con el tiempo ni con las demostraciones de inocencia. Se instala y se queda, y con los años se convierte simplemente en la textura de la relación, en

algo que ya nadie nombra pero que todos sienten cuando están en la misma habitación.

Uno puede vivir con ciertas preguntas sin respuesta.

Las familias en disputa, sin embargo, no pueden.

CAPÍTULO 7

La mujer que desapareció

El rumor es el instrumento más democrático que existe.

No requiere dinero ni posición ni acceso a ningún mecanismo institucional. No necesita pruebas ni testigos ni ninguna clase de respaldo verificable. Solo necesita una boca dispuesta a hablar y un oído dispuesto a escuchar, y esas dos cosas están disponibles en cualquier lugar donde haya personas que se conozcan lo suficiente como para tener opiniones unas sobre otras, que es decir, en cualquier lugar donde haya personas.

Lo que sí requiere el rumor, para ser verdaderamente eficaz, es que quien lo pone en circulación entienda su naturaleza. Que sepa que no funciona como una afirmación sino como una duda. Que sepa que la pregunta bien formulada produce más daño que la acusación directa, porque la acusación directa puede refutarse mientras que la duda no puede deshacerse completamente una vez instalada. Y que sepa elegir el terreno: el rumor prospera en los círculos donde la reputación tiene valor, donde las personas han invertido durante años en construir una imagen que consideran parte esencial de lo que son.

Marta Villanueva de Espinoza era exactamente ese tipo de persona.

La conocí en las organizaciones culturales donde ambas participábamos en esa época: una asociación que promovía conciertos de música de cámara y otra que gestionaba un pequeño programa de becas para jóvenes artistas. Marta era, en ambos espacios, una figura de peso: organizaba, convocaba, presidía mesas directivas con una eficiencia que combinaba con una elegancia social que hacía que la gente quisiera estar cerca de ella no solo por lo que podía lograr sino por cómo se sentía uno en su compañía.

Era una mujer de unos cincuenta y cinco años, bien casada, con una vida ordenada y visible que no dejaba resquicios aparentes para el escándalo. Su marido era un empresario discreto y razonablemente exitoso. Sus hijos habían estudiado en buenas universidades. Su casa era el tipo de casa a la que la gente quería ser invitada. Había construido todo eso con la misma atención metódica con que se construyen las cosas que se quieren que duren, y durante años había durado.

Uno que observa esas construcciones con suficiente atención aprende a identificar dónde está la grieta.

En el caso de Marta, la grieta no era un secreto oscuro ni una debilidad moral: era simplemente una amistad demasiado cercana con el marido de una mujer que tenía más inseguridades que recursos para manejarlas. Marta y ese hombre se habían conocido a través de las mismas organizaciones culturales, compartían intereses genuinos y se llevaban bien con la naturalidad de las personas que se entienden sin esfuerzo. Si hubo algo más o no, eso nunca importó demasiado. Lo que importaba era que la grieta existía y que la esposa ya la había visto.

Pero la esposa lo había notado. Y la esposa tenía amigas. Y las amigas tenían conversaciones.

Yo escuché la primera de esas conversaciones en una reunión de la asociación de música, sentada junto a dos mujeres que bajaron la voz cuando llegué, como hace la gente cuando no quiere que alguien escuche algo pero tampoco quiere dejar de decirlo.

—No digo que sea verdad —dijo una—. Digo que Ana está muy afectada. Y Ana no es de las que se afecta por nada.

—¿Y él qué dice? —preguntó la otra.

—Nada. Que son amigos. Que exagera.

—Claro que eso dice.

Me hice la desentendida durante el tiempo suficiente para escuchar lo necesario. Después, cuando la conversación llegó a un punto muerto natural, me volví hacia ellas con la expresión de quien acaba de conectar algo.

—Perdón, ¿están hablando de Marta? —pregunté.

Las dos me miraron con esa mezcla de incomodidad y alivio que tiene la gente cuando alguien nombra lo que estaban diciendo sin decirlo.

—Por lo visto Ana está preocupada —dijo una, cuidando el tono.

—Ah —dije. Y luego, después de una pausa calculada—: Yo no quisiera opinar porque no sé los detalles. Pero sí noté en la última reunión que Marta y él... bueno. Que se llevan muy bien.

—¿Notaste algo específico?

—No, nada específico —respondí—. Solo que hay personas que cuando están en la misma habitación producen cierta... atmósfera. Quizás es solo mi impresión.

Volví a mi conversación anterior sin agregar nada más.

Eso fue suficiente. No había dicho nada. No había acusado ni confirmado ni negado. Había simplemente añadido una observación vaga, de esas que no pueden rebatirse porque no tienen forma definida, y la había dejado ahí para que las otras dos hicieran con ella lo que ya estaban dispuestas a hacer.

Las semanas siguientes repetí variaciones de esa misma operación en distintos contextos y con distintas personas, siempre con el mismo cuidado: nunca afirmar, siempre insinuar; nunca ser la fuente, siempre ser la que confirma dubitativamente algo que ya circula. Es una distinción importante. La fuente puede ser cuestionada. La que confirma con dudas es simplemente alguien que comparte una preocupación.

Marta comenzó a notar el cambio antes de entender su causa.

Me lo dijo en una tarde en que nos encontramos solas en la oficina de la asociación, revisando los programas de la siguiente temporada. Había algo en su expresión que no le había visto antes: una especie de perplejidad sostenida, como quien intenta resolver un problema cuyas piezas no terminan de encajar.

—¿Tú has notado algo raro en el ambiente últimamente? —me preguntó, sin levantar los ojos de los papeles.

—¿Raro en qué sentido? —respondí.

—No sé. Que la gente está… distinta. Conmigo.

—No he notado nada —dije—. Aunque… ¿sabes qué? Últimamente estás un poco más tensa tú también. Quizás lo proyectas.

Me miró.

—¿Crees que soy yo?

—No digo eso. Digo que a veces cuando uno está pasando por algo, lo ve reflejado en los demás aunque no esté ahí.

—No estoy pasando por nada.

—Claro —dije—. Entonces probablemente es solo una racha. Estas cosas pasan en los grupos.

Asintió, no del todo convencida, y volvió a los papeles.

Lo que había hecho en esa conversación era plantar la segunda semilla: la posibilidad de que lo que Marta percibía fuera una proyección suya, que el problema estuviera en ella y no en los demás. Esa idea, instalada en el momento adecuado, produce un efecto específico: la persona empieza a dudar de su propia percepción, a corregirse cada vez que está a punto de reaccionar, a contener las respuestas que habrían sido naturales porque ya no está segura de que su lectura de la situación sea correcta.

Eso la vuelve más vulnerable, no menos.

Los meses siguientes fueron un proceso de aislamiento tan gradual que quienes lo producían probablemente no lo experimentaron como una decisión sino como una consecuencia natural de sentirse incómodos. Las invitaciones llegaron con menos frecuencia. Las conversaciones se volvieron más cortas cuando Marta entraba en una habitación. Hubo una reunión de la mesa directiva a la que no fue convocada por un supuesto

error administrativo que nadie se tomó el trabajo de corregir con suficiente rapidez.

En una de las últimas reuniones a las que Marta asistió antes de que su presencia se volviera demasiado incómoda para todos, incluida ella, la vi intentar integrarse a una conversación en la que tres mujeres hablaban de los programas de la siguiente temporada. Las tres respondieron con la cordialidad mínima que se le debe a alguien con quien ya no se quiere tener conversación real, y en cosa de dos minutos la conversación se había desplazado hacia un tema en el que Marta no tenía participación natural, dejándola en el borde del grupo con esa expresión específica de quien no ha sido expulsado pero sabe que ya no pertenece.

Yo estaba al otro lado de la sala. La observé durante unos segundos. Y luego volví a mi propia conversación.

Marta intentó hablar con Ana, la esposa, directamente. Fue una conversación que Ana le relató después a varias personas, en ese tono de quien ha sido víctima de una ofensa adicional, porque Marta había tenido la audacia de negar algo que nadie había formulado como acusación directa, lo cual en la lógica del rumor funciona como una confirmación.

—Si no hubiera nada que explicar, ¿por qué explicarlo? —escuché decir a alguien.

Era el tipo de argumento que no puede rebatirse porque su forma misma es la trampa.

Marta habló también conmigo, en una llamada telefónica que recibí una noche de noviembre, con esa voz que ya reconocía en las personas que han llegado al punto en que el agotamiento supera a la resistencia.

—Ya no sé qué hacer —me dijo—. He hablado con Ana, he hablado con otras personas, he intentado que alguien me diga concretamente qué es lo que se dice de mí y nadie me lo dice directamente. Todo son insinuaciones, miradas, silencios.

—Marta —dije, con el tono de quien se preocupa genuinamente—. Quizás necesitas alejarte un poco de todo esto. A veces la mejor respuesta a una situación así es no responder. Dejar que las cosas se calmen solas.

—¿Y si no se calman?

—Se calman —dije—. Estas cosas siempre se calman con el tiempo.

Era el consejo más útil que podía darle en ese momento, desde mi perspectiva. Que se retirara, que dejara el espacio libre, que no opusiera resistencia. Las personas que pelean contra el rumor lo alimentan. Las que se apartan simplemente desaparecen del campo, que era exactamente lo que la situación requería.

A principios del año siguiente, Marta y su marido se mudaron a otra ciudad. Él había encontrado una oportunidad de negocio que en otras

circunstancias quizás no habría perseguido con tanta determinación, pero que en esas circunstancias funcionó como una salida que ambos pudieron presentar como una decisión propia en lugar de una huida.

Nadie volvió a verla en los círculos que había frecuentado.

Supe, unos dos años después, por un canal indirecto, que Marta había muerto. No en la nueva ciudad sino en un hospital de una ciudad diferente, adonde había ido a buscar tratamiento para algo que no había buscado a tiempo, que es lo que ocurre con ciertas enfermedades cuando uno pasa demasiados meses con la atención puesta en otra clase de supervivencia y descuida la más básica.

La persona que me lo contó lo hizo con la brevedad que se reserva para las noticias sobre alguien que ya hace tiempo había dejado de ser parte del mundo compartido.

—¿Supiste lo de Marta Villanueva? —me dijo.

—No —respondí.

—Murió. En marzo, creo. O en abril.

—Qué lástima —dije.

Y la conversación siguió hacia otro tema, con la naturalidad que tienen las conversaciones cuando la noticia que acaba de entrar no tiene suficiente peso para detenerlas.

Hay consecuencias que uno no busca directamente pero que forman parte de la cadena que sí puso en movimiento. Uno puede llamar a eso responsabilidad o puede llamarlo simplemente causalidad, que es un término más preciso y menos cargado. Las enfermedades que no se atienden a tiempo tienen sus propias razones. Las personas toman sus propias decisiones sobre cuándo buscar ayuda y cuándo no.

Lo que el rumor bien colocado produce es un reordenamiento de las prioridades de quien lo padece. Lo demás ya no depende de quien lo colocó.

Eso es, a fin de cuentas, lo más limpio de trabajar de esa manera: que en cada paso del proceso la persona afectada toma sus propias decisiones. Nadie la obliga. El mecanismo simplemente la lleva hacia donde sus propias reacciones la llevan.

Marta Villanueva de Espinoza tomó las suyas.

Y eso también forma parte del inventario.

CAPÍTULO 8

El hombre que cayó del poder

El poder político es, de todos los sistemas humanos que he observado, el más transparente en su funcionamiento y el que más energía invierte en aparentar que no lo es.

No es cinismo lo que digo. Es una observación que cualquiera puede hacer con suficiente tiempo de atención. Los mecanismos del poder político son en realidad bastante simples: se trata de acumular lealtades, administrar información y controlar los tiempos. Quien sabe cuándo hablar y cuándo callar, cuándo revelar y cuándo retener, cuándo empujar y cuándo retirarse, tiene ventaja sobre quien solo sabe hacer bien su trabajo. El talento, en política, es una condición necesaria pero no suficiente. Lo que determina quién sube y quién cae es casi siempre otra cosa.

Conocí a Esteban Rivas a través de círculos que frecuenté durante los años en que mi marido tenía vínculos con ambientes empresariales y políticos de la ciudad. Era un hombre de unos cuarenta años, bien parecido en el sentido en que son bien parecidos los políticos competentes: no extraordinariamente, sino lo suficiente para que la cámara lo tratara bien y la gente que lo escuchaba en persona se quedara con la impresión de haber estado frente a alguien que valía la pena. Tenía el don de la oratoria, que es un don más técnico que natural aunque pocos lo admitan: había aprendido a modular la voz, a hacer pausas en los momentos correctos, a mirar al público de una manera que hacía sentir a cada persona que le hablaba directamente a ella.

Su carrera había avanzado con una velocidad que en ese ambiente llamaba la atención. Había pasado de cargos menores en la administración municipal a posiciones de visibilidad regional en menos tiempo del que ese recorrido normalmente requería, y lo había hecho construyendo con cuidado un conjunto de alianzas que abarcaban tanto el sector empresarial como las estructuras partidarias, que en ese contexto específico eran dos mundos que raramente se entendían con tanta fluidez.

Lo traté en reuniones sociales durante varios años con la familiaridad superficial que produce la frecuentación sin intimidad real. Había algo en Esteban Rivas que yo encontraba interesante desde el primer momento: era un hombre que había aprendido a proyectar una imagen de solidez moral que funcionaba precisamente porque era coherente con su comportamiento visible. No era una hipocresía calculada sino una estrategia más sofisticada: él creía genuinamente en la versión pública de sí mismo, lo cual la hacía más convincente y, en consecuencia, más frágil.

Porque la imagen que descansa sobre la creencia sincera de quien la proyecta tiene una vulnerabilidad específica: cuando se quiebra, se quiebra de manera más visible que la que se sostiene sobre cálculo puro. La gente que ha creído en alguien sincero se siente más traicionada que la que siempre supo que el personaje era una construcción.

—Rivas tiene futuro —me dijo en una ocasión un hombre que llevaba años moviéndose en esos ambientes—. Es de los que saben para qué lado sopla el viento antes de que los demás lo sientan.

—Eso ayuda —respondí.

—Ayuda hasta que el viento cambia de dirección sin avisar —dijo, con el tono de quien ha visto suficiente como para no sorprenderse de nada.

Era una observación correcta. Aunque la dirección del viento, en este caso, no cambiaría sola.

La elección para la que Esteban Rivas se preparaba era la más importante de su carrera hasta ese momento: un cargo de representación regional con visibilidad nacional, del tipo que funciona como plataforma para lo que viene después. Llevaba casi dos años de campaña, con una maquinaria bien organizada y financiada, y las encuestas lo colocaban en una posición favorable que sus asesores describían como sólida aunque no definitiva.

En los ambientes que yo frecuentaba se hablaba de él con la mezcla de respeto y cautela que se reserva para quien va ganando pero todavía no ha ganado. Sus aliados eran visibles y activos. Sus opositores eran más cautelosos de lo habitual, lo cual en política es una señal de que alguien está siendo subestimado o de que está esperando el momento adecuado.

Faltaban cuatro meses para la elección cuando empecé a interesarme en la estructura financiera de su campaña.

No era difícil acceder a esa información para quien sabía dónde buscar. Las campañas políticas de ese nivel involucran a decenas de personas, y las personas hablan: con sus familias, con sus colegas, en conversaciones que tienen lugar en restaurantes y en reuniones sociales donde la guardia baja porque el ambiente no parece político. Yo había aprendido a estar en esos lugares con la atención suficiente para escuchar lo que no estaba dirigido a mí.

Lo que fui construyendo a lo largo de varias semanas era un mapa de los flujos de dinero en la campaña de Rivas: las fuentes de financiamiento que no aparecían en los registros oficiales, las empresas intermediarias que servían como pantalla para contribuciones que de otra manera habrían sido ilegales, los nombres de personas que aparecían en esos flujos con una regularidad que sugería un sistema deliberado y no una serie de coincidencias.

Era un trabajo que requería paciencia más que habilidad. Uno escucha, registra, verifica. Cruza una referencia con otra. Encuentra los puntos donde dos conversaciones de distintas fuentes se tocan sobre el mismo dato. Con el tiempo el mapa se vuelve suficientemente detallado como para que los espacios en blanco sean tan informativos como los espacios llenos.

Un hombre que mencionó en una cena el nombre de una empresa de servicios que había recibido contratos de la campaña. Una asistente que habló por teléfono en un restaurante con suficiente descuido como para que quien estuviera en la mesa de al lado escuchara fechas y montos. Un contador que había trabajado brevemente con una de las empresas intermediarias y que tenía la costumbre de hablar de más cuando había bebido lo suficiente.

Nada de eso era extraordinario. Era simplemente el resultado de prestar atención en los lugares donde la gente no espera que alguien esté prestando atención.

No era un fraude extraordinario. Era, de hecho, el tipo de financiamiento irregular que la mayoría de las campañas de ese nivel practicaba en esa época con distintos grados de sofisticación. Lo que hacía útil la información de Rivas era precisamente eso: que no era excepcional, que era documentable con la suficiente especificidad para parecer una investigación rigurosa, y que llegaba en el momento adecuado.

El momento adecuado, en estos casos, tiene una aritmética precisa.

Demasiado pronto y la campaña tiene tiempo de responder, de construir una narrativa alternativa, de desgastar el impacto con explicaciones y contra-relatos. Demasiado tarde y el ciclo electoral ya no tiene tiempo de procesar la información con la amplitud necesaria para que afecte el resultado. El momento óptimo es aquel en que la información sale con suficiente anticipación para que los medios puedan desarrollarla, pero con insuficiente tiempo para que la campaña la absorba.

En el caso de Rivas, ese momento era aproximadamente seis semanas antes de la elección.

Conocía a tres periodistas que cubrían política regional con la seriedad suficiente para no publicar sin verificar pero con el apetito suficiente para perseguir una historia que prometía. Los tres eran competentes y los tres tenían exactamente el tipo de ambición profesional que hace que alguien no rechace un sobre con documentos cuando ese sobre llega por los canales correctos y con la presentación adecuada.

Los documentos llegaron a los tres en la misma semana, con suficiente diferencia entre ellos para que cada uno creyera tener una primicia y con suficiente información compartida para que la historia se amplificara cuando los tres la publicaran casi simultáneamente desde ángulos distintos.

La primera nota apareció un martes. La segunda, el jueves de la misma semana. La tercera, el lunes siguiente, con nuevos elementos que uno de los periodistas había podido verificar de manera independiente a partir de los documentos iniciales.

Para entonces la historia ya era nacional.

Esteban Rivas convocó una conferencia de prensa cuatro días después de la primera publicación, con el aspecto de alguien que ha dormido poco y ha consultado demasiado. Negó las acusaciones con una firmeza que habría sido convincente en otras circunstancias, pero las circunstancias no eran otras: los documentos eran específicos, las fechas eran verificables y los nombres de las empresas intermediarias estaban en registros públicos que cualquier periodista con tiempo y motivación podía consultar.

—Estas acusaciones son parte de una campaña de desinformación orquestada por mis opositores —dijo frente a las cámaras, con esa voz modulada que había cultivado durante años—. Tengo toda la confianza en que la verdad saldrá a la luz.

La verdad que salió a la luz en las semanas siguientes fue suficientemente ambigua para no destruirlo judicialmente pero suficientemente concreta para destruirlo políticamente, que era lo único que importaba en ese momento.

Sus aliados comenzaron a distanciarse con esa rapidez característica que tienen los políticos cuando calculan que asociarse con alguien en problemas cuesta más de lo que puede rendir. Primero fueron los alejamientos discretos: agendas que de repente no coincidían, declaraciones de apoyo que se volvían más tibias con cada ciclo de noticias. Luego vinieron los distanciamientos más visibles, los que implican aparecer en los medios hablando de otra cosa cuando el nombre de Rivas era mencionado.

No se puede reprochar a nadie que se proteja. Así funciona ese mundo.

La elección la perdió por un margen que sus asesores habrían considerado, dos meses antes, completamente impensable. En el discurso de la derrota habló de continuar trabajando, de que las causas no mueren con los resultados electorales, de que el futuro pertenece a quienes no se rinden.

Era un buen discurso. Bien construido, bien entregado. Ya no importaba.

Lo que quedó de su carrera política después de esa noche fue escaso y decreciente. Intentó reconstruir su posición durante los años siguientes con una persistencia que en otro contexto habría resultado admirable, pero el ambiente político tiene una memoria selectiva que recuerda los escándalos con más fidelidad que los logros, y el nombre de Rivas había quedado asociado a una historia que nadie en su entorno quería que les salpicara.

Yo lo vi una última vez en una reunión social, unos tres años después de la elección. Seguía siendo el mismo hombre bien parecido, con la misma voz modulada, pero había algo en su manera de moverse por la sala que era distinto: la precaución específica de alguien que ha aprendido que los espacios que antes le pertenecían ya no le pertenecen de la misma manera.

Me saludó con la cordialidad de siempre.

—¿Cómo has estado? —me preguntó.

—Bien —respondí—. ¿Y tú?

—Adelante —dijo, con esa sonrisa que había aprendido a mantener independientemente de lo que hubiera detrás.

Y siguió caminando hacia otro grupo.

Hay personas que aprenden de los fracasos y personas que simplemente los cargan. Esteban Rivas era del segundo tipo, aunque él habría dicho lo contrario. Uno lo sabía por la forma en que seguía explicando lo que había ocurrido, años después, cada vez que alguien se lo permitía: buscando todavía la narrativa que le devolviera el control sobre una historia que ya no le pertenecía.

Eso también es una enseñanza.

Los tiempos importan. En casi todo, pero en esto especialmente: el momento en que se suelta una información determina su efecto con la misma precisión con que la dosis determina el efecto de un medicamento. Demasiado pronto o demasiado tarde y el resultado es otro. En el momento exacto, y la cadena se mueve sola.

Eso es lo que uno aprende con los años. Y lo que más se echa de menos cuando ya no se puede practicar.

CAPÍTULO 9

Lo que el amor deja cuando se va

Hubo un tiempo en que quise a mi marido.

No es una concesión ni una disculpa lo que digo: es simplemente un hecho que pertenece al inventario con la misma neutralidad que los demás hechos. Lo quise durante los primeros años con algo que entonces habría llamado amor y que ahora, con la distancia que dan las décadas, reconozco como una combinación de admiración genuina, comodidad y el tipo de afecto que se construye cuando dos personas se eligen mutuamente en un momento en que todavía no saben del todo quiénes son.

Aurelio era un hombre ordenado, trabajador, con un sentido de la responsabilidad que en los primeros años encontré sólido y con el tiempo encontré predecible. No era un hombre extraordinario en ningún sentido que la mayoría de las personas reconocería como tal: no tenía talento artístico ni ambición política ni la clase de inteligencia que produce conversaciones que uno recuerda días después. Tenía, en cambio, una constancia que construía las cosas despacio y bien, y una lealtad hacia las personas que consideraba suyas que no conocía excepciones.

Me quiso con esa misma constancia durante más de treinta años. Sin variaciones notables, sin crisis, sin los altibajos que tienen los matrimonios que se alimentan de la pasión y por lo tanto también se destruyen con ella. Lo nuestro fue siempre más parecido a una estructura que a un fuego, y durante muchos años eso me pareció suficiente.

El momento en que dejó de parecerme suficiente no fue un momento sino un proceso tan gradual que no podría señalar una fecha ni un episodio concreto. Fue más bien una acumulación: de cenas iguales, de conversaciones que recorrían siempre los mismos temas con la misma profundidad, de noches en que yo miraba el techo mientras él dormía con esa tranquilidad de los hombres que no tienen nada que reprocharles a sus conciencias y pensaba en todo lo que quedaba fuera de esa habitación, en todo lo que el matrimonio con Aurelio había hecho imposible o simplemente innecesario.

No era odio. Nunca llegó a ser odio. Era algo más parecido a lo que uno siente cuando una prenda que alguna vez le gustó ha perdido la forma y ya no sirve para lo que servía pero tampoco justifica el esfuerzo de deshacerse de ella.

Pensé en el divorcio durante algún tiempo.

Lo descarté por los hijos. Tenían entonces diecisiete y catorce años, y yo sabía, con la claridad con que sabía casi todo, lo que una separación produce en hijos de esas edades: no el daño inmediato y visible, que suele ser manejable, sino el daño estructural, el que se instala en silencio y aparece años después en la forma en que esas personas construyen sus propias relaciones. Los hijos eran la única zona que siempre estuvo fuera del tablero. Lo que les pertenecía a ellos no se tocaba.

El divorcio quedó descartado.

Y entonces, con esa misma paciencia con que uno espera el momento adecuado para cualquier otra cosa, esperé.

La enfermedad de Aurelio llegó cuando él tenía cincuenta y ocho años, en la forma de un diagnóstico que el médico entregó con esa combinación de precisión técnica y cuidado verbal que tienen los médicos cuando la noticia es seria pero no inmediatamente terminal. Era una afección cardíaca de las que requieren intervención pero admiten tiempo para decidir el tipo de intervención: no una emergencia sino una encrucijada, con distintos caminos disponibles y distintos pronósticos para cada uno.

Aurelio lo recibió con la misma ecuanimidad con que recibía todo. Se sentó frente al médico, escuchó con atención, hizo preguntas precisas sobre cada opción, tomó notas en la libreta pequeña que siempre llevaba en el bolsillo interior del saco. Cuando salimos a la calle me tomó la mano y dijo:

—Bueno. Hay que ver qué se hace.

—Sí —respondí—. Hay que ver.

Durante las semanas siguientes investigué. Lo hice con la misma atención con que había observado siempre las cosas que me importaban entender bien, recorriendo la literatura médica disponible, consultando a personas con acceso a información especializada, construyendo un mapa de las opciones que existían para la condición específica de Aurelio con sus características específicas: su edad, su historial, los resultados de los estudios que el médico había ordenado.

No era la primera vez que me adentraba en territorios técnicos que no eran los míos. Uno que ha aprendido a escuchar con atención acumula con los años una red de conocidos en distintos campos, personas que en distintas conversaciones han compartido información que en su momento parecía simplemente parte de la conversación y que con el tiempo resulta tener una utilidad que nadie anticipó. Tenía acceso a quien necesitaba consultar. Sabía hacer las preguntas correctas sin revelar por qué las hacía.

Lo que encontré era, en términos generales, consistente con lo que el médico había explicado: había dos opciones principales. Una era un procedimiento que se realizaba en algunos centros especializados en Europa, técnicamente más exigente, con resultados documentados superiores en pacientes con el perfil de Aurelio pero que requería traslado, tiempo fuera del país, una recuperación prolongada en condiciones que para Aurelio, que nunca había sido hombre de separarse de su mundo cotidiano, serían difíciles.

La otra era un procedimiento disponible localmente, menos invasivo en apariencia, con una recuperación más corta y una narrativa más cómoda: quedarse en casa, con sus médicos, con su familia cerca.

Lo que la literatura especializada señalaba, en los estudios que no circulaban en los resúmenes accesibles sino en las publicaciones que requieren acceso y paciencia para leer, era que en pacientes con la variante específica de la condición de Aurelio, la opción local tenía una tasa de complicaciones secundarias significativamente más alta que lo que el procedimiento estándar sugería. No era un procedimiento malo en general. Era inadecuado para ese perfil particular, por razones que un cardiólogo con acceso al expediente completo y tiempo suficiente para revisar la literatura reciente habría identificado.

El médico de Aurelio era competente pero no especialista en esa variante. No tenía razones para buscar lo que no sabía que debía buscar.

Yo sí las tenía.

Cuando Aurelio me preguntó qué había encontrado en mis investigaciones, le hablé de las dos opciones con el cuidado de quien quiere ser útil sin imponer. Le describí la opción europea con un énfasis

en las dificultades prácticas: el costo, la distancia, la duración de la recuperación lejos de casa, la incertidumbre de manejar una convalecencia en un país extranjero sin la red de apoyo habitual.

—Aunque los resultados reportados son buenos —añadí—. Para ciertos perfiles de paciente.

—¿Para el mío? —preguntó.

—Eso tendría que evaluarlo un especialista allá —dije—. Aquí no es fácil saberlo sin una consulta presencial.

Era verdad. Todo lo que le dije era verdad. Solo que era una selección de la verdad, organizada de una manera específica.

De la opción local le hablé de manera distinta: con más detalle sobre la solidez del procedimiento en términos generales, con más énfasis en la familiaridad del entorno, en la posibilidad de recuperarse en casa, de tener a sus hijos cerca. No le mencioné los estudios sobre la tasa de complicaciones en su variante específica. No había razón para mencionarlos si él no preguntaba, y no preguntó porque no sabía que debía preguntar.

—Me quedo aquí —me dijo una tarde, después de varias semanas de consultas y deliberaciones—. No tiene sentido irse tan lejos cuando tenemos todo lo necesario aquí.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Completamente —dijo—. Además, ¿quién me va a cuidar allá?

Sonrió. Era la sonrisa de un hombre que ha tomado una decisión que le parece razonable y que confía en que las personas que lo rodean habrían dicho algo si hubiera algo que decir.

—Tú decides —respondí.

El procedimiento se realizó tres meses después. Técnicamente fue exitoso: el equipo médico estaba satisfecho con el resultado inmediato y Aurelio pasó los primeros días de recuperación sin incidentes notables. Fue en la tercera semana cuando aparecieron las complicaciones que los estudios especializados describían con la precisión de quien ha documentado suficientes casos como para reconocer el patrón: una respuesta inflamatoria secundaria que en pacientes con su variante específica podía desarrollarse semanas después del procedimiento con una velocidad que dejaba poco margen de respuesta.

Los médicos hicieron lo que pudieron. Era ya demasiado tarde para cambiar de curso.

Aurelio murió un martes por la mañana, con sus hijos en la habitación y yo sentada junto a la cama, sosteniendo su mano con una firmeza que él habría interpretado, si hubiera podido interpretarla, como la firmeza del amor que no se rinde.

Sus últimas palabras, la noche anterior, fueron para los hijos. A mí me miró durante un momento y dijo, con la voz ya muy débil:

—Hicimos bien.

No respondí. Apreté su mano.

Hicimos bien era su manera de decir muchas cosas a la vez: los hijos, los años, la vida que habían construido juntos. Era el resumen que un hombre como Aurelio hacía de treinta y tantos años de matrimonio: dos palabras que cabían todo lo que para él había importado.

Yo pensé, en ese momento, que tenía razón en algo: habíamos hecho bien. Cada uno a su manera, con los recursos que tenía y las decisiones que tomó.

El duelo que viví después fue real en el sentido de que cualquier ausencia prolongada produce un reordenamiento de los hábitos que tiene su propio peso. Aurelio había ocupado un espacio en la estructura de los días durante más de tres décadas, y ese espacio, vacío, produce una extrañeza que no requiere amor para hacerse sentir.

Mis hijos me observaron durante esos meses con esa atención específica que tienen los hijos cuando temen que un padre no esté bien. Los tranquilicé con la verdad suficiente para que no se preocuparan más de lo necesario. Mi hijo mayor asumió con naturalidad el peso de los asuntos que Aurelio había manejado: la empresa, las cuentas, las decisiones prácticas que de pronto necesitaban a alguien que las tomara. Mi hija llamaba con más frecuencia que antes, con esa costumbre suya de hacer preguntas directas envueltas en conversaciones largas, buscando algo que no sabía nombrar.

Ninguno de los dos encontró nada que nombrar.

Aurelio había sido un buen hombre. Eso nadie lo discutió nunca, ni en los días inmediatamente posteriores a su muerte ni en los años que siguieron. Era, de todas las cosas que se pueden decir de una persona, la más exacta y también la más insuficiente: bueno, sí, pero bueno de una manera que no había dejado demasiada huella en el mundo más allá de los límites de lo que consideraba suyo.

Uno puede querer eso en un hombre durante cierto tiempo.

Después, uno simplemente sigue.

Nunca preguntaron lo que nadie pregunta.

Y eso, como casi siempre, fue suficiente.

CAPÍTULO 10

La pareja incómoda

Hay una diferencia entre actuar porque uno puede y actuar porque algo lo empuja.

Durante la mayor parte de mi vida esa diferencia no existió para mí de manera práctica. Actuaba cuando veía la oportunidad y las condiciones eran las adecuadas, sin que hubiera nada personal en el proceso, sin que la decisión naciera de ningún estado interior que pudiera llamarse emoción. Era una elección fría, deliberada, tomada con la misma neutralidad con que uno decide cuándo cruzar una calle: cuando el semáforo lo permite y el momento es el correcto.

El caso de Bernardo y Consuelo fue distinto.

No completamente distinto. El mecanismo fue el mismo de siempre: observación, paciencia, información colocada en el momento adecuado, consecuencias producidas por las reacciones de las personas involucradas y no por ningún acto directo de mi parte. Desde afuera, si alguien hubiera podido verlo, habría parecido igual que todo lo demás.

Pero había algo debajo que no era exactamente lo mismo.

Los conocí antes de casarme con Aurelio, en esa época en que los amigos de uno y los amigos de la pareja se van mezclando hasta que ya no es posible distinguir de cuál lado vino cada quien. Bernardo era el mejor amigo de Aurelio desde la juventud: uno de esos vínculos que se forman antes de que las personas sepan quiénes van a ser y que por eso tienen una resistencia particular, porque no dependen de los intereses o las circunstancias sino de algo más antiguo y más difícil de nombrar.

Era juez. Había llegado a ese cargo con el mismo tipo de trayectoria metódica que caracterizaba a los hombres de su generación que llegaban lejos: estudios sólidos, primeros pasos en puestos menores, ascenso gradual por la vía del trabajo bien hecho y las alianzas correctas. Era un hombre de principios visibles, del tipo que los ostenta no con arrogancia sino con esa tranquilidad de quien no necesita defenderlos porque nunca los ha visto amenazados.

Consuelo era su mujer desde antes de que él fuera juez, lo cual decía algo sobre ella: había elegido al hombre antes de que el cargo lo definiera, y eso le daba una posición en la relación que se notaba en pequeñas cosas. Era más inteligente que él aunque lo dejaba creer lo contrario, que es una habilidad que algunas mujeres de esa generación desarrollaron con una precisión que a mí siempre me pareció admirable aunque innecesaria.

Fueron los padrinos de mi hijo mayor, y después de mi hija. Eso los ponía en una categoría particular: no eran solo los amigos de Aurelio sino algo que tenía un nombre y una estructura formal, un vínculo que la sociedad reconoce y que por lo tanto produce obligaciones en ambas direcciones.

Durante los años del matrimonio la relación funcionó con la comodidad de las amistades largas: cenas periódicas, celebraciones compartidas, la familiaridad que produce el tiempo cuando no hay conflictos que la interrumpan. Yo los traté siempre con el mismo cuidado con que trataba

a todos: con atención suficiente para conocerlos bien y con la distancia suficiente para no ser conocida de la misma manera.

Lo que cambió fue Aurelio.

Cuando Aurelio murió, la relación con Bernardo y Consuelo entró en una fase nueva que al principio fue simplemente el duelo compartido: ellos lo habían querido genuinamente, y esa pérdida les pertenecía también a ellos de una manera que yo no tenía razones para cuestionar. Los primeros meses los vi con frecuencia, recibí su compañía con la gratitud que se debe en esas circunstancias, y la relación siguió su curso.

Lo que empezó a cambiar, con una lentitud que al principio no presté demasiada atención, fue el tono.

Era sutil. Consuelo tenía la costumbre de hacer observaciones que funcionaban en dos niveles simultáneamente: uno superficial, perfectamente inocuo, y uno más profundo que decía otra cosa. Era una habilidad que yo reconocía porque la había usado yo misma en otras circunstancias, y precisamente por eso la reconocía con una claridad que probablemente a otros se les escapaba.

—Qué bien que estás saliendo, Liliana —me dijo en una reunión, unos ocho meses después de la muerte de Aurelio—. Aurelio hubiera querido que siguieras adelante.

Era una frase de condolencia. Era también, dicha en ese tono y en ese contexto, otra cosa.

El bar donde habíamos coincidido esa noche no era el tipo de lugar que Consuelo frecuentaba habitualmente. Yo lo sabía. Ella sabía que yo lo sabía. La frase funcionaba en ese espacio intermedio donde nadie dice nada directamente pero todo está dicho.

—Sí —respondí, y volví a mi conversación.

Bernardo fue más directo, aunque no mucho. Un domingo en que coincidimos en casa de unos conocidos comunes, mientras los demás estaban en otra parte de la sala, se acercó con esa expresión suya de hombre que va a decir algo que considera su obligación decir.

—Liliana —dijo, en voz baja—. Sé que esto no es asunto mío. Pero te conozco hace mucho tiempo y te lo digo porque te quiero bien: hay gente que habla. De los lugares que frecuentas, de ciertas compañías. En un ambiente como el nuestro esas cosas se notan y se comentan, y los hijos a veces escuchan lo que los padres no quisieran que escucharan.

Me miró un momento, esperando algo.

—Gracias, Bernardo —dije—. Lo tendré en cuenta.

Sonrió con el alivio de quien ha cumplido con lo que consideraba su deber y puede volver a la comodidad de la velada.

Yo seguí con la mía.

Pero algo se había movido. No en ellos, sino en mí, que es lo que no había ocurrido en ninguno de los casos anteriores. Siempre había habido una distancia entre yo y el proceso: yo observaba, identificaba la grieta, colocaba la pieza, y lo que ocurriera después ocurría sin que nada de ello me tocara internamente de ninguna manera perceptible.

Esta vez había algo diferente en la temperatura de lo que sentí cuando Bernardo me dijo lo que me dijo. No era miedo. No era exactamente rabia, aunque tenía algunos de los rasgos de la rabia. Era algo más parecido a la reacción de quien ha vivido toda su vida sin que nadie le señale nada directamente y de pronto alguien lo hace, y descubre que esa señalación produce una respuesta que no esperaba.

Me tomó algunas semanas reconocer esa respuesta con claridad. Y cuando lo hice, lo registré como lo que era: un dato sobre mí misma que no tenía antes. Que había una zona, al parecer, que no era tan impermeable como el resto.

No cambié el proceso por eso. Pero lo noté.

La investigación que hice sobre Bernardo fue la más meticulosa de todas las que había realizado hasta ese momento, no porque la situación lo requiriera especialmente sino porque la meticulosidad era la manera en que yo manejaba esa temperatura que había notado en mí: concentrándola en el trabajo, transformándola en precisión.

Hay una diferencia entre trabajar con frialdad y trabajar con precisión. La frialdad es una ausencia: la ausencia de emoción que interfiera con el proceso. La precisión es una presencia: la concentración total en el detalle correcto, en el momento correcto, con el instrumento correcto. Casi siempre trabajé con frialdad. En este caso trabajé con precisión, que produjo el mismo resultado pero por un camino distinto.

Bernardo llevaba catorce años como juez. Era un hombre recto, en términos generales, pero catorce años en ese cargo en ese ambiente producen inevitablemente una acumulación de decisiones en las que la línea entre lo correcto y lo conveniente no siempre es perfectamente nítida. No había corrupción mayor, no había nada que por sí solo fuera suficiente para destruir una carrera. Había, en cambio, varios casos en que la resolución había favorecido a partes con vínculos conocidos con personas del entorno de Bernardo, con una consistencia que, vista en conjunto y presentada de cierta manera, podía sugerir un patrón.

Los patrones, bien construidos y bien colocados, son suficientes.

Lo que hice fue construir ese patrón con la información que tenía y hacerlo llegar, de manera fragmentada y a través de canales distintos, a las personas correctas en el órgano de control del poder judicial: no una acusación formal sino una serie de preguntas, de señalamientos indirectos, del tipo que obliga a una institución que se toma en serio su propia imagen a abrir una revisión aunque no haya certeza de que encontrará algo.

A Consuelo la incluí de una manera más simple: bastó con que su nombre apareciera en las conversaciones que circulaban alrededor de la revisión de Bernardo, mencionado de pasada en el contexto de ciertas compras, ciertos viajes, ciertas comodidades cuyo origen podía o no tener una explicación legítima. No había acusación. Había insinuación, que es siempre más difícil de refutar.

La revisión del órgano de control tardó casi un año. Bernardo fue sancionado: no destituido, no procesado penalmente, sino sancionado administrativamente con una severidad que en su mundo equivalía a una marca permanente. Para un hombre que había construido su identidad entera sobre la integridad visible, esa sanción no era un tropiezo del que uno se recupera. Era el fin de lo que había sido.

Supe lo del suicidio por un canal indirecto, tres semanas después de que se hiciera pública la sanción. No hubo nota. No hubo explicación formal. Hubo simplemente un hombre que un martes por la mañana decidió que lo que quedaba después de esa marca no era suficiente para seguir.

Era un hombre de principios, y los hombres de principios tienen una dificultad particular para sobrevivir a la pérdida de ellos, aunque la pérdida sea solo en la percepción de los demás y no en los hechos. La reputación, para cierto tipo de persona, no es una posesión sino una parte constitutiva de lo que son. Quitársela no es quitarles algo que tienen. Es quitarles algo que son.

Bernardo era ese tipo de persona. Yo lo sabía desde el principio.

Consuelo se fue de la ciudad antes de que terminara el año. Nadie supo con exactitud adónde.

Yo asistí al funeral de Bernardo con mis hijos. Estuve el tiempo adecuado, dije las cosas adecuadas, recibí las condolencias de las personas que me las dieron porque Bernardo había sido el padrino de mis hijos y eso hacía mi presencia necesaria y mi dolor comprensible.

En el camino de regreso, mi hijo mayor condujo en silencio durante un rato y luego dijo:

—Qué cosa tan triste. Nunca lo hubiera esperado de él.

—Ni yo —dije.

Y era la verdad más completa que pude ofrecer en ese momento.

Lo que había notado en mí aquellas semanas, esa temperatura que no reconocía, no desapareció del todo con el resultado. Siguió ahí durante algún tiempo, más pequeña, menos intensa, pero presente. Como un rasguño que no llega a ser herida pero que uno nota cada vez que roza algo.

Con el tiempo dejé de notarlo.

O aprendí a no hacerlo, que no es exactamente lo mismo pero produce el mismo efecto.

CAPÍTULO 11

Cuando ni Dios te salva

El padre Antonio llegó un martes por la tarde, con esa puntualidad que tienen los hombres de iglesia cuando hacen visitas de cortesía, como si la precisión en el horario fuera una extensión de la misma disciplina que aplican al resto de su vida.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, delgado, con una calma en el rostro que no era la calma de quien no tiene conflictos sino la de quien ha aprendido a mantenerlos debajo de la superficie con suficiente práctica. Lo había conocido a través de Aurelio, que tenía esa devoción tranquila y consistente de los hombres de su generación que creen sin necesitar que su fe sea visible: iba a misa los domingos, contribuía a las obras de la parroquia, trataba al padre Antonio con el respeto genuino que se le debe a quien uno considera un guía, aunque sea en el sentido más silencioso de esa palabra.

El padre Antonio había acompañado a Aurelio en los últimos meses de su enfermedad con una presencia discreta que yo había agradecido en su momento porque mantenía a mi marido tranquilo y eso simplificaba las cosas. Había officiado el funeral con la dignidad adecuada. Era, en todos los sentidos visibles, un buen sacerdote.

Me senté frente a él en la sala y le ofrecí café, que aceptó, y escuché mientras me decía lo que había venido a decir: que pensaba en mí con frecuencia, que la parroquia me tenía en sus oraciones, que si en algún momento necesitaba conversar o si había algo en lo que pudiera serme útil, no dudara en buscarlo.

—Es usted muy amable, padre —dije.

—Aurelio era un hombre bueno —respondió—. La comunidad no olvida eso.

Hubo una pausa breve, del tipo en que ambas personas en una conversación han dicho lo que venían a decir y no están seguras de si lo que sigue es más conversación o la despedida.

—¿Cómo está usted, padre? —pregunté.

Me miró un momento antes de responder, como si la pregunta le hubiera llegado desde un ángulo que no esperaba.

—Bien —dijo—. Con el trabajo de siempre.

—Es un trabajo exigente —dije—. No solo en el sentido práctico. En el sentido humano, quiero decir. Cargar con las preocupaciones de tanta gente.

—Uno aprende a acompañar sin cargar —dijo, con el tono de quien repite algo que ha dicho muchas veces—. Es parte de la formación.

—Claro —dije. Y luego, después de un momento—: Aunque me imagino que hay épocas más difíciles que otras. Momentos en que la fe misma se pone a prueba.

Algo cruzó por su expresión. Algo pequeño, rápido, que habría pasado desapercibido para quien no estuviera mirando con atención.

—Todos tenemos esos momentos —dijo.

—Sí —concordé—. Supongo que sí.

Poco después se fue, con la misma puntualidad con que había llegado. Desde la ventana lo vi caminar hacia su automóvil con ese paso suyo de hombre que lleva el peso de lo que carga de una manera que ya no le resulta nueva pero que tampoco le resulta ligera.

Había venido a ofrecer consuelo. Se había ido dejando algo sin querer.

Rosario llevaba tres años trabajando conmigo.

Era una muchacha de pueblo, de unos veinticinco años, con esa combinación de ingenuidad genuina y solidez moral que producen ciertos ambientes donde las cosas se creen completamente y se practican con una consistencia que en otros contextos parecería excesiva. Era trabajadora, ordenada, discreta en el sentido de que no hablaba más de lo necesario, aunque cuando hablaba lo hacía con una franqueza directa que en otro tipo de persona habría resultado incómoda pero que en ella era simplemente la manera natural de decir las cosas.

Tenía una devoción religiosa que era el centro visible de su vida fuera del trabajo: iba a misa todas las mañanas antes de llegar a la casa, llevaba un rosario en el bolsillo del delantal, y en las pocas conversaciones personales que habíamos tenido había mencionado que de joven había considerado entrar al convento antes de decidir que su camino era otro, aunque nunca había terminado de definir con claridad cuál era ese otro camino.

Era, en todos los sentidos, la persona menos indicada para lo que yo estaba pensando.

Y precisamente por eso era la más útil.

El proceso con Rosario fue distinto a todos los anteriores porque el instrumento no era una institución ni una reputación ni una relación social: era una persona sencilla con una fe absoluta y una incapacidad constitutiva para imaginar que alguien pudiera decirle algo con una intención diferente a la que las palabras sugerían.

Lo que hice fue simple en su estructura aunque requirió cuidado en la ejecución: durante varias semanas, en conversaciones que ocurrían de manera natural en el curso del trabajo diario, fui construyendo una imagen del padre Antonio como un hombre en crisis espiritual. No lo dije directamente. Lo insinué a través de observaciones que Rosario podía conectar sin que yo se las conectara.

—El padre Antonio se veía muy cansado cuando vino la semana pasada —dije en una ocasión, mientras Rosario limpiaba la cocina—. Me da la impresión de que carga con algo que no puede compartir con nadie.

—Los sacerdotes también sufren —dijo Rosario, con esa seriedad suya de quien toma todas las cosas en serio.

—Más que nosotros, quizás —dije—. Porque tienen que ser fuertes para los demás sin tener a nadie que los sostenga a ellos. Un hombre solo, al fin de cuentas.

Rosario asintió sin decir nada más. Pero yo sabía que lo había escuchado de la manera en que ella escuchaba las cosas que le importaban: guardándolo.

La siguiente conversación ocurrió unas semanas después, de manera igualmente casual.

—Me preocupa el padre Antonio —dije, en el tono de quien piensa en voz alta—. A su edad, con ese nivel de aislamiento... Hay hombres que llegan a un punto en que la soledad se vuelve un peso demasiado grande. Y cuando eso pasa, a veces hacen cosas que uno no esperaría de ellos.

Rosario dejó de moverse.

—¿Qué quiere decir, señora?

—Nada específico —dije—. Solo que conozco casos. Sacerdotes que en un momento de debilidad cometen un error grave, con alguna feligrés desprevenida, y entonces el escándalo destruye todo lo que construyeron. Sería una lástima que algo así le ocurriera a él, que es un buen hombre.

La miré un momento.

—A veces una persona de confianza, alguien discreto y con fe genuina, puede ser un ancla para un hombre en ese estado. Alguien que simplemente esté presente, que lo ayude a mantenerse en su camino antes de que cometa un error del que no pueda volver.

Rosario me miró con esa expresión suya de cuando estaba procesando algo que le costaba trabajo ordenar.

—¿Está diciendo que yo debería...?

—No estoy diciendo nada —respondí—. Solo pienso en voz alta. Tú conoces mejor que nadie lo que dicta tu conciencia.

Lo que ocurrió después no lo vi directamente porque no necesitaba verlo. Rosario era una muchacha que cuando decidía algo lo decidía completamente, con la misma totalidad con que hacía todo lo demás. Había entendido, a su manera, que tenía una misión: proteger al padre Antonio de sí mismo, ser el ancla que lo mantuviera alejado del error.

El problema, que yo había calculado con bastante precisión, era que Rosario no tenía los recursos para entender la diferencia entre ser un

ancla y ser una tentación. Que su presencia, su devoción, su disposición a estar cerca de un hombre que llevaba décadas en soledad forzada, no produciría el efecto que ella imaginaba sino el contrario.

El padre Antonio flaqueó en un momento que el sacristán presenció sin buscarlo, entrando a la sacristía en un horario en que no esperaba encontrar a nadie.

El escándalo fue breve porque las instituciones eclesiásticas tienen práctica en contener este tipo de situaciones antes de que se desborden, pero fue suficiente. El padre Antonio solicitó la dispensa de sus votos con una rapidez que sugería que la decisión no había sido difícil de tomar una vez que el error le quitó el último argumento para no tomarla.

Se fue con Rosario, que para entonces estaba embarazada y que hasta el final creyó, con esa fe suya que no conocía medias tintas, que había hecho lo que debía hacer.

Yo asistí a la última misa que el padre Antonio celebró en la parroquia, una semana antes de que se hiciera pública su partida. Era una misa entre semana, con poca gente, sin nada que la distinguiera de cualquier otra misa entre semana excepto que quien la celebraba sabía que era la última y quien la escuchaba, entre los pocos presentes, también lo sabía.

Lo observé durante toda la misa con la atención con que había observado siempre las cosas que me interesaban entender.

Hay algo específico en la expresión de un hombre que ha perdido lo que lo definía y todavía no sabe qué va a quedar en su lugar. Es una expresión que he visto en distintas versiones a lo largo de los años: en Don Ernesto frente a los escombros de su tienda, en Lucía en el pasillo de la facultad, en Marcos Aldana con la copa en la mano al borde de la sala, en Bernardo en los días previos a la sanción.

Cada uno la llevaba a su manera. El padre Antonio la llevaba con una dignidad que en otras circunstancias habría resultado admirable.

Al salir de la misa, algo ocurrió que no había ocurrido en ninguno de los casos anteriores.

Sonreí.

No fue una sonrisa visible. Fue algo interior, breve, que no duró más que un momento y que no tenía un nombre exacto: no era satisfacción en el sentido usual, no era alegría, no era el alivio de quien termina un trabajo difícil. Era algo más parecido al reconocimiento de que el mecanismo había funcionado con una precisión que incluso para mí resultaba, en ese momento, digna de nota.

Era la primera vez que sentía algo así de manera consciente.

O la primera vez que lo reconocía como lo que era.

Caminé hacia mi automóvil con el mismo paso de siempre, con la misma expresión de siempre, y conduje a casa pensando en que había llegado la hora de hacer algo para cenar y en que al día siguiente tenía una reunión a la que no quería llegar tarde.

La vida continúa con una normalidad que no se interrumpe por nada de lo que ocurre debajo de ella.

Eso también lo aprendí hace mucho tiempo.

CAPÍTULO 12

Lo único que lamenta

Esta mañana la enfermera Barrera llegó con los ojos ligeramente hinchados.

No del tipo de hinchazón que produce el sueño mal dormido sino del tipo que produce haber llorado hace pocas horas y haber intentado después que no se note, que es un esfuerzo que siempre deja una huella específica en la zona inferior de los párpados y en la manera en que los músculos de la cara trabajan un poco más de lo habitual para mantener una expresión neutral. Revisó el monitor, ajustó la posición de la almohada, preguntó si necesitaba algo. Yo deletreé: Estoy bien.

Cuando salió, sus pasos en el pasillo tenían un ritmo ligeramente distinto al habitual.

Lo que sea que estaba esperando durante semanas llegó anoche. Y lo que llegó no fue lo que esperaba o fue exactamente lo que temía, que en la práctica produce el mismo efecto.

La doctora Salinas pasó por el corredor a media mañana sin detenerse. El médico del turno de tarde tuvo una conversación en voz baja junto a la puerta de la habitación de al lado, con ese tono que tienen las personas cuando el contenido de lo que dicen no corresponde al lugar donde lo dicen. El familiar de la anciana del cuarto contiguo llegó una hora antes de lo habitual, lo cual significa que algo cambió en su rutina o que algo cambió en la condición de la anciana, y cualquiera de las dos cosas tiene sus propias implicaciones.

Uno lo ve todo.

Eso no ha cambiado. La enfermedad ha desconectado cada uno de los sistemas que necesitaba para actuar: los brazos, las piernas, la voz, la capacidad de estar en un lugar y luego en otro, de moverse entre las conversaciones con la fluidez que el trabajo requería. Pero los ojos siguen funcionando. Y detrás de los ojos, todo lo demás sigue funcionando con la misma claridad de siempre. La misma capacidad de observar, de registrar, de identificar el punto exacto donde la presión produce el movimiento.

La enfermera Barrera tiene una grieta nueva esta mañana. Del tipo más aprovechable: reciente, todavía sin cicatrizar, en el momento en que la persona es más permeable a cualquier cosa que llegue desde afuera con la forma del consuelo.

Unas palabras deletreadas en el dispositivo en el momento correcto. Una pregunta formulada con el tono adecuado. El inicio de una conversación que parece simplemente la conversación de una paciente con su enfermera pero que coloca, sin que la enfermera lo sepa, la primera pieza de una cadena que podría moverse sola durante semanas.

Podría.

Pero el dispositivo es lento. Demasiado lento para lo que ese tipo de trabajo requiere. No son las palabras lo que falta: las palabras están disponibles, perfectamente ordenadas, listas para ser deletreadas letra por letra en la pantalla que la enfermera sostiene frente a mí cuando necesita saber algo. Lo que falta es la velocidad, la presencia, la posibilidad de estar en el lugar correcto en el momento correcto y decir exactamente lo necesario con exactamente el tono necesario.

El dispositivo no tiene tono. Tiene letras.

Y las letras, sin el tono que las envuelve, son solo información. No son el instrumento.

Cerré los ojos durante un momento.

El inventario ha terminado. He recorrido cada episodio con la atención que merecía: el incendio de Don Ernesto, la beca de Lucía, el matrimonio de Ricardo y Elena, el fraude de Marcos, la herencia de los Garmendia, los rumores sobre Marta, la caída de Esteban Rivas, la muerte de Aurelio, la ruina de Bernardo y Consuelo, la partida del padre Antonio. Cada uno en su lugar, cada uno con su lógica, cada uno producido por el mismo sistema aplicado con variaciones que dependían de la naturaleza específica de las personas involucradas y de las condiciones que existían en cada momento.

Lo que el inventario confirma, visto en conjunto, es algo que uno sabe de manera fragmentada mientras vive y que solo se vuelve visible como totalidad cuando se tiene el tiempo y la inmovilidad suficientes para recorrerlo sin interrupciones: que el sistema funcionó. Que en cada caso la cadena se movió de la manera prevista, que las personas reaccionaron de acuerdo con sus vulnerabilidades, que nadie en ningún momento señaló en la dirección correcta.

No porque fueran torpes. Sino porque el sistema estaba diseñado para que no hubiera una dirección correcta hacia la cual señalar. Esa es la diferencia entre el daño que deja rastros y el daño que no los deja.

Uno podría preguntarse por qué. Es la pregunta que la gente hace cuando no entiende algo: por qué. Como si hubiera una razón que, una vez encontrada, organizara todo lo demás y lo volviera comprensible.

No hay una razón de ese tipo.

Hay una inclinación. Hay una manera de ver el mundo que estuvo presente desde antes de que yo tuviera palabras para describirla, que no aprendí de nadie y que no decidí tener, que simplemente estaba ahí con la misma naturalidad con que estaban el color de mis ojos o la forma de mis manos. La inclinación de quien ve las vulnerabilidades de las personas con la misma claridad con que otros ven los colores, y que encuentra en trabajar con esas vulnerabilidades algo que no tiene un nombre exacto pero que se parece a lo que otros encuentran en la música o en las matemáticas: la satisfacción de un sistema que funciona con precisión.

Lo aprendí siendo muy pequeña, antes de saber que había algo que aprender.

Recuerdo una tarde en el jardín de la casa, durante una de esas reuniones familiares de domingo en que los adultos hablaban entre ellos y los niños corrían entre las mesas. Había un niño que me molestaba con esa insistencia específica de los niños que no saben leer las señales de que alguien no quiere su compañía. Un niño ruidoso, torpe, que ese día había roto sin querer algo que yo tenía y que siguió jugando sin entender por qué eso importaba.

No lo empujé. No le hice nada directamente.

Coloqué el rastrillo donde lo coloqué, cubierto de hojas para que no se viera bien, en el camino que él recorría cada vez que rodeaba el limonero. Y me alejé. Y esperé con la paciencia que a esa edad ya tenía sin saber que era una cualidad particular, creyendo simplemente que así esperaba todo el mundo.

Cuando cayó y empezó a llorar, yo estaba al otro lado del jardín, mirando, con la misma expresión de cualquier otro niño que mira a alguien que se cayó.

Mi madre me observó desde la ventana de la cocina durante un momento más largo de lo habitual. Yo lo supe porque lo sentí, con esa certeza que uno tiene cuando alguien lo mira con una atención diferente a la habitual, aunque no los esté mirando directamente. Ella no dijo nada entonces. Más tarde, en la cocina, le dijo a mi padre algo en voz baja que yo escuché desde el pasillo:

—Esa niña me preocupa. No es como los demás.

Mi padre respondió con esa frase suya de siempre que cerraba los temas antes de que se abrieran demasiado.

—Por algo es hija tuya y hasta la llamamos igual.

Uno aprende lo que puede aprender de una situación y sigue.

Lo que aprendí esa tarde no fue que podía hacer daño. Eso ya lo sabía de alguna manera que no requería demostración. Lo que aprendí fue que podía hacerlo y quedarme al otro lado del jardín mientras ocurría,

mirando, con la misma expresión de cualquier otro niño que está mirando. Que la distancia entre el acto y quien lo produce puede ser suficientemente grande para que nadie la mida.

Eso lo practiqué durante más de ochenta años.

Y ahora, desde esta cama, con el monitor que registra mis constantes y la ventana orientada al oriente y el dispositivo que traduce el movimiento de mis ojos en letras que aparecen en una pantalla, lo que siento no es arrepentimiento.

Nunca fue arrepentimiento.

Lo que siento es lo que sentiría un relojero al que le han quitado las manos: no vergüenza por los relojes que abrió, no culpa por los mecanismos que desarmó. Solo la conciencia precisa e insoportable de que el mundo sigue lleno de mecanismos que están ahí, visibles, comprensibles, listos para quien sepa leerlos.

Y que ese quien ya no puede hacer nada con lo que lee.

La enfermera Barrera volvió a media tarde para el control de constantes. Tenía los ojos menos hinchados que por la mañana, lo cual significa que el tiempo inicial había pasado y lo que quedaba ahora era la segunda fase: la de procesar, la de decidir cómo seguir.

Es la fase más interesante. La fase en que las personas son más maleables porque todavía no han tomado ninguna decisión pero ya saben que tienen que tomar alguna.

Me miró mientras anotaba los números en la tableta.

—¿Cómo está? —preguntó.

Deletreé: Bien.

Sonrió con esa sonrisa suya que no es profesional sino temperamental, la que le sale sin esfuerzo porque es parte de lo que ella es y no de lo que aprendió a mostrar.

—Bien —repitió, como si confirmar la respuesta le hiciera algo de bien a ella también.

Y siguió con su trabajo.

Yo la observé hasta que salió por la puerta y sus pasos se alejaron por el pasillo con ese ritmo ligeramente distinto que tenían desde esta mañana.

Afuera, la luz de la ventana que venía del oriente empezaba a cambiar de tono, como cambia todas las tardes a esta hora, con esa precisión que tienen las cosas que no dependen de nadie para seguir funcionando.

Cerré los ojos.

Y seguí viendo hasta que la luz se apagó.

EPÍLOGO

La habitación siguió siendo la misma habitación.

El monitor fue apagado por la enfermera del turno nocturno a las cuatro y diecisiete de la mañana, con el mismo gesto con que se apagan las cosas que han terminado de servir para lo que servían. Los barandales cromados de la cama articulada captaron por última vez el reflejo de la luz del pasillo cuando alguien abrió la puerta, y luego quedaron quietos.

El sillón junto a la pared conservaba el desgaste en el descansabrazos derecho.

A las siete de la mañana llegó la enfermera del turno diurno, revisó el cuarto con la eficiencia de quien hace lo que tiene que hacerse, y avisó a quien correspondía avisar. Los trámites siguieron el orden que tienen los trámites en estos casos: una llamada, unos papeles, unas firmas, unas palabras dichas en el tono que se reserva para estas situaciones.

Sus hijos llegaron antes del mediodía.

Ramiro entró primero, se detuvo un momento en el umbral con la carpeta bajo el brazo, y luego caminó hacia la ventana orientada al oriente. Afuera, el jardín interior de la residencia seguía igual que siempre: los mismos árboles, la misma luz de noviembre cayendo sobre las mismas piedras.

—Era muy inteligente —le dijo a Verónica, su hermana, que estaba detrás de él.

Ella no respondió de inmediato. Miró la cama vacía, el monitor apagado, el sillón con el tapiz desgastado.

—Sí —dijo finalmente—. Siempre lo fue.

Ninguno de los dos dijo nada más durante un momento.

No había nada más que decir que no supieran ya, o que no hubieran decidido no decir, que al final viene a ser lo mismo.

El dispositivo de comunicación ocular quedó sobre la mesilla, con la pantalla apagada, inclinado hacia el lugar donde había estado la cama. Nadie lo movió esa mañana.

A las dos de la tarde la habitación estaba vacía y limpia, lista para quien llegara después.

Liliana se había ido sin pena ni gloria.

Se fue como el actor que ensayó toda su vida para un público que nunca existió.

La ventana continuaba en el mismo lugar y dejaba entrar la misma claridad de siempre.